

Mujeres de Fundación Integra

Yo nunca dejé de quererme,
siempre mujer...



todas las personas tenemos
derecho a ser felices

mujeres con huella. mujeres de Integra avance
gratitud [♥] armonía alegría [♥]
perseverancia [♥] cuenta tu vida. tu vida cuenta [♥]
paciencia [♥] fuerza dedicación
mujeres super poderosas. mujeres de Integra sueños
ayuda empatía esperanza perdón
mujeres viajeras [♥] tranquilidad
amor [♥] afecto equilibrio resiliencia
soltar transformando la vida a través de mi historia
superación felicidad futuro
guerreras de tiempo [♥] apoyo [♥] sueños
esfuerzo [♥] calma [♥] sanar
aprendi a vivir a través de mi historia
valoración sororidad paz [♥]
mujeres de Integra. nuestra historia. nuestra fortaleza

Mujeres de Fundación Integra



Yo nunca dejé de quererme,
siempre mujer...



Integra

R.U.T 70.574.900-0

Dirección: Alonso Ovalle 1180, Santiago Centro / Chile

Tel: 562 2879 4000 / 800 540 011

www.integra.cl

ISBN: 978-956-6112-07-5

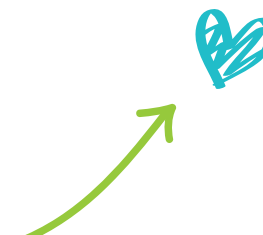
Noviembre 2020





índice

Introducción	p.6
Agradecimientos	p.8
Resiliencia; el arte de rearmarse	p.10
Rompiendo el círculo de la violencia	p.94
Inclusión; la legítima diversidad	p.128
Tiempos de pandemia	p.144
Conclusión	p.157
Índice de participantes	p.158



introducción

El último Informe Global de la Brecha de Género 2020 publicado por el Foro Económico Mundial para medir la paridad entre hombres y mujeres en cuatro áreas clave (salud, educación, economía y política), proyecta que estamos a 100 años de alcanzar la igualdad. Cifra que en años parece impactante y que podrían ser aún más, considerando el escenario mundial desfavorable producto de la pandemia. Chile respecto de este indicador, está ubicado en la posición 54 de un total de 153 países.

Esta desigualdad, que tiene su origen en el sistema patriarcal -donde lo masculino tiene la supremacía por el simple hecho de serlo-, tiene múltiples formas de expresarse: brechas salariales, bajas pensiones, doble presencia, escasa participación en cargos directivos, entre otros. A esto tenemos que sumar cosas tan brutales pero comunes como la violencia de género en todas sus formas, tanto en el contexto familiar, como también en el laboral y social.

Es en esta realidad donde estas maravillosas mujeres nos cuentan sus historias. Mujeres luchadoras, muchas insertas en contextos sociales y económicos vulnerables, pero que a pesar de todo han tenido la fuerza y el convencimiento para salir adelante,

sobreponerse y reconocerse con la entereza y valor para entregar lo mejor de sí mismas.

Independiente de sus orígenes, cargos o responsabilidades, todas ellas son trabajadoras de Fundación Integra y las une el orgullo de pertenecer a esta institución, conformada en su mayoría por mujeres, con una cultura que hace honor a su nombre, donde la integración, el cuidado y la sororidad*, se respiran a diario. En esta comunidad se han desarrollado y muchas de ellas sanado, gracias a la contención que han encontrado en sus pares.

Son ellas también quienes tienen en sus manos el poder transformador de traspasar a niños y niñas sus experiencias y enseñanzas, y de tal forma educarlos para que puedan vivir en una sociedad más justa, equitativa, libre y feliz.

El presente volumen les confiere a estas mujeres la resignificación de sus esfuerzos y del producto de su determinación. Un reconocimiento como verdaderos modelos de rol, de mostrarlas como líderes naturales, capaces de reconocerse y de inspirar a otras personas. Mujeres que cualquiera puede reconocer en la cotidianidad, mujeres cercanas, reales, que no necesitan poderes extraordinarios, sino la conexión consciente con lo vulnerable de su humanidad, para transformar el sentido de sus vidas y las vidas de otros.

*Sororidad: Neologismo para referirse a la solidaridad entre mujeres.

agradecimientos

"La igualdad es el alma de la libertad;
de hecho, no hay libertad sin ella".

(Frances Wright, escritora estadounidense)

El recorrer estas historias de mujeres valerosas y resilientes ha sido un viaje extraordinario; mujeres apasionadas por sus hijos e hijas, sus familias y su trabajo. Por eso, quisiéramos comenzar este agradecimiento reconociendo a todas quienes compartieron sus vivencias y confiaron en nosotras, por sentir que a través de sus historias, se iniciaba un camino de sanación o era la culminación del proceso; validaban o reconocían su liderazgo natural; o sintieron que, por contar sus relatos, evidenciaban su fuerza interior, superando sus propias barreras y aquellas que la sociedad ha impuesto.

Agradecemos también a la Dirección Ejecutiva de Fundación Integra por permitirnos innovar y desarrollar iniciativas que perduraran en el tiempo, a las Direcciones Regionales por su apoyo y confianza, y quisiéramos también reconocer a la Dirección de Asuntos Institucionales y Comunicaciones por acompañarnos en este proceso.

Junto a ello, quisiéramos manifestar que nada de esto podría haber sido posible sin el aporte de Caja Los Andes, que creyó en este proyecto y comprendió su relevancia, producto del contexto de cambio social y cultural en el que nos encontramos.

Asimismo, damos las gracias a la consultora Lidera Mujer, que confió en nuestra visión antes que nosotras mismas tomáramos consciencia de su relevancia. Este equipo ha sido un pilar fundamental en la co-construcción del libro, que nos ha permitido, además, aprender sobre nosotras y sobre la necesidad de trabajar por la equidad de género, remar contra la cultura para poder generar el cambio, y comenzar a poner fin a las desigualdades.

Equipo de Gestión Social y Beneficios de Fundación Integra:

Margarita Abarca Castelli

Lilian Rebolledo Torres

Claudia Sepulveda Pineda

Claudia Silva Muñoz



1. Resiliencia; el arte de rearmarse



Muchas veces la vida se ve cuesta arriba, los motivos sobran se mezclan y la hacen vulnerable, especialmente para quienes la viven desde la pobreza económica, la falta de contención y afecto, las dificultades para acceder a la educación, enfermedades propias o de familiares y una larga lista de posibilidades que encontraremos en las siguientes historias. Historias que reflejan la capacidad que tuvieron sus protagonistas para superar esos períodos de dolor emocional y situaciones adversas, forjando un comportamiento vital positivo pese a las circunstancias. Las que enfrentaron con resiliencia, pudiendo salir fortalecidas de esos sucesos, si bien la mayoría de las personas tienen la capacidad de sobreponerse a un estímulo adverso, no todas logran un uso decidido y firme de esa capacidad, es esa capacidad a la que llamamos resiliencia, donde es fundamental el generar vínculos o relaciones reparadoras para reconstruirse y volver a forjar un futuro distinto.

*un grito
genuino de fe y
perseverancia*



Nelly Ruz González
Jardín infantil Freire
Región del Biobío

Luego de haber sido directora de varios centros de Integra, resulté elegida, por concurso, como asesora técnica regional del Biobío. Dentro de muchas responsabilidades, estaba el coordinar y autorizar los permisos administrativos de las directoras. Una de ellas, que solicitaba constantemente permisos para ausentarse, me invitó un café, porque quería contarme lo que estaba viviendo. Disfrutamos de una conversación colmada de matices, magia, milagro, convicción y fe. Ella iniciaba un proceso de fertilización in vitro y sus detalles calaban mi ser y despertaban mis deseos dormidos por más de 18 años de matrimonio.

Dejé a mi colega en su casa y, camino a la mía, pensaba en la importancia de creer y de perseverar en los sueños, que hasta ese día para mí estaban silenciados. Al llegar, le conté a mi esposo sobre mi encuentro y Miguel -que hace algunos años me había propuesto amarnos sin hijos, ya que nuestro caso había sido estudiado por varios médicos y el último diagnóstico había sido incompatibilidad entre ambos- me preguntó: "¿Y tú estarías dispuesta a hacerlo?".

En ese momento, descubrí que nuestros sueños estaban intactos, sin presiones y sin cuestionamientos, ambos habíamos silenciado esa parte de nuestra vida matrimonial. Rápidamente, conseguimos número de teléfono, dirección de la clínica en Santiago, sugerencias de especialistas, horario de buses, etc.

nuestros sueños estaban intactos

Todo calculado y planificado, iniciamos, sin más, el hermoso encuentro con la magia de creer en que la perseverancia es el fruto de todo en nuestras vidas.

Viajamos a Santiago el 6 de mayo de 2016. Una vez en la clínica y ya, desde la recepción, respirábamos un aire esperanzador. No dejamos detalles por saber y preguntar. Intentamos una vez, dos veces, tres veces... ya se acababan nuestras oportunidades.

Pasados cinco meses, un especialista nos propuso repetir las pruebas y el 16 de noviembre de 2016 me transfirieron dos embriones. A los 14 días escuchamos dos latidos: se confirmaba nuestro anhelo y nuestra fe... **¡Estábamos embarazados!**

El 6 de julio de 2017, nacieron nuestras amadas Michelle Esperanza y Maureen Trinidad, ambas sin dificultades de salud. Estuve un año con ellas en casa y, luego, me reintegré al trabajo. Mi rol de asesora era un reconocimiento a mi gestión como directora, pero mi rol de madre se veía mermado. Corría todos los días, llegaba a casa solo a disfrutar un par de horas, me estaba sintiendo angustiada y frustrada por no cumplir a cabalidad con lo que yo misma había logrado. Por mi rol de asesora y por falta de directora debí acompañar al Jardín para cerrar el año. Al año siguiente asistí al primer día de actividades, en



donde puede visualizar distintas necesidades de la comunidad educativa, al ver el gran desafío que significaba el liderar este equipo, fue mi primera motivación para pensar en un cambio.

Conversado con mi esposo, decidimos ser consecuentes con nuestra búsqueda y dar vida a lo que habíamos iniciado juntos. A través de un correo electrónico, solicité, esa misma noche, a la directora regional mi retorno, específicamente a la dirección de la Sala Cuna y Jardín infantil Freire. En menos de 48 horas, tuve una respuesta satisfactoria. Me confirmaron en el cargo y yo me vi proyectada junto a mis hijas por tres años, ya que tenía la posibilidad de matricularlas en el mismo establecimiento.

Todo lo que tuve que dejar no fue un retroceso para mí, por el contrario, en mi decisión solo prevalece el más inmenso amor por mi familia, que ha sido desarrollo y crecimiento personal y familiar; ha sido creer que los sueños se cumplen; entender que todo lo que nos rodea, por más que nos cueste, tiene de terrenal y de divino.


Yo soy Mamá Andrea, apasionada, soñadora y trabajadora, comprometida con el rol que me encomienda la institución que tanto quiero y respeto, la institución que me ha brindado oportunidades y que me desafía día a día.



en mi decisión solo prevalece el más inmenso amor por mi familia



*sueños y
convicciones*

 **Patricia Olate Díaz**
Oficina regional
Región del Biobío

Mi historia comienza como el sueño de una niña que vivía en un barrio de la ciudad de Tomé y quería educar a otras y otros. Este sueño fue creciendo y transformándose en **mi gran pasión interna** y me llevó a estudiar educación parvularia, definiendo que mi idea se concretaría, educando niñas y niños desde la primera infancia, ya que es en este nivel donde el aporte de la educación sienta bases que constituyen el motor de cambio, movilidad y equidad social.

Creo en los procesos de cambios y transformaciones como un fluir constante para salir de la zona de confort con creatividad, perseverancia y valentía, y hacer realidad los sueños y proyectos.

En mi trayectoria institucional, he sido educadora, directora de jardín Infantil, supervisora, asesora, subdirectora regional, jefa territorial de calidad y directora regional (I). También he realizado docencia y asesorías externas. He aportado impulsando procesos de cambio, como por ejemplo, crear un jardín modelo para la provincia de Concepción, elaborar e implementar proyectos de mejoramiento de la educación, tanto institucional como interinstitucional. Además de **promover el empoderamiento de mujeres líderes en sus comunidades para la creación de propios proyectos en educación.**

la educación sienta bases que constituyen el motor de cambio, movilidad y equidad social

También he sido parte de la formación de agentes educativas, educadoras y directoras. Actualmente, he implementado, de manera exitosa, el proyecto "Calidad en mi territorio", en la Región del Biobío.

Aun así, como mujer, no ha sido fácil conciliar la vida familiar y laboral, ya que los roles femenino y masculino aún están muy marcados por el género, por lo que, en momentos, la carga se torna pesada y compleja.

Como muchas mujeres, he vivido experiencias de vida difíciles, que he debido enfrentar con fuerza espiritual y convicción valórica. Situaciones como la pérdida de un hijo, el quiebre de mi matrimonio, el fallecimiento de mi padre (quien era una fuente de confianza y templanza), la adolescencia de tres hijos (todo un desafío generacional) y el diagnóstico de una enfermedad grave de mi hija, lo cual me hizo valorar el presente, entre otras historias más.

Al final del día, son, justamente, estos momentos de tempestad en los que he debido vivir con emociones menos agradables fluyendo, los que, paradójicamente, han permitido reinventarme y transformarme en la mujer que hoy soy. Para ello, y la manera que he utilizado por años, es siempre recordar mis mantras: "Después de la tormenta viene la paz" y "Un día a la vez".

Son esas experiencias, sueños y convicciones los que me llevaron a decidir trabajar en contextos sociales vulnerables, como una forma concreta de aportar, entregando una educación de excelencia para transformar la vida de niños y niñas que viven en contextos complejos.

Siempre tengo en mi memoria el rostro de pequeños y pequeñas curiosos, espontáneos, amorosos, libres y felices, jugando e interactuado con sus compañeros, y que hoy son profesionales, lo cual llena mi corazón de alegría.

Hoy me siento feliz y satisfecha de mis aportes y logros, y de lo que he llegado a construir.



después de la tormenta viene la paz



“En 1995 ingresé a la Fundación, Jefa de hogar y madre de dos hijos, siempre quise compartir con los niños el karate, comenzando en el 2010 y en 2017 empezaron a entrenar con un maestro. Hasta fueron convidados a exhibir su trabajo ante las autoridades de Fundación Integra e invitados de todo Chile y lo hicieron muy bien. ¡Estábamos tan felices! Quedamos tremendamente agradecidas por este reconocimiento y con la convicción de que el trabajo bien hecho y a conciencia siempre tiene buenos frutos”.



María Elena Araya Cortés
Jardín infantil Bernardo O'Higgins
RM Nor Poniente



“Agradecida de pertenecer a esta maravillosa familia de Fundación Integra y con más compromiso social que nunca, teniendo plena certeza de que la educación transforma vidas, que no importa cuántos obstáculos te ponga el destino, cuán pedregoso se ponga el camino, si uno se lo propone, sí se puede, se puede salir adelante, estudiar, convertirse en profesional de la educación. De eso se trata la vida: de avanzar, porque el cielo no tiene techo y los sueños son para hacerlos realidad”.



Loreto Olivares Valencia
Jardín infantil Cerro Macaya
Región de Valparaíso



“La noticia de mi embarazo fue un reseteo a todo mi ser, fue un reinicio del sistema, suprimí todo miedo y puse todos mis anhelos y esperanzas en mi Matilda. Fue un período en que trabajé con ella en mi panza, me cuidé para que estuviéramos bien. Nació, felicidad máxima, todo excelente, pasaron cuatro meses y tuve que enfrentarme nuevamente al quirófano, al miedo, ahora sí con un cable a tierra que me esperaba en casa luego de la operación, y paff!... El tumor no estaba... endoscopía durante la operación y tampoco lo encontraron”.



Virginia González Duarte
Sala cuna Sol del rodeo
Región de O'Higgins



“Todo comenzó en 2006 cuando ingresé a Integra como manipuladora de alimentos; luego fui agente educativa de extensión horaria; más tarde, auxiliar de servicio, hasta que postulé al programa “Crecer más” y me titulé de asistente de párvulos. La palabra OPORTUNIDAD significa para mí, agradecimiento, desarrollo, crecimiento profesional, personal, confianza, nuevas experiencias y atreverse a salir de la zona de confort por muy difícil que se vea. Con esfuerzo y convicción todo puede ser posible”.



Karina Lizardi Espinoza
Jardín infantil Rinconcito
Región de Coquimbo

*cuando los
sueños se vuelven
realidad*



Catherine González González
Jardín infantil Gabriela Mistral
Región de La Araucanía

Soy hija de madre soltera y desde pequeña me crié con mi abuela, pero falleció cuando tenía apenas 13 años. Me quedé sola, porque mi madre no se hizo cargo de mí y fui acogida por unos tíos. No fue fácil, porque, a los dos años, mi tío sufrió un accidente y pasó un año hospitalizado en Santiago. Mi tía se radicó allá para acompañarlo y, nuevamente, quedé sola.

La pobreza, la escasez y la segregación social se volvieron mis compañeros de viaje. Siempre algo dentro de mí sabía que no podía ser así, no podía ser solo eso mi vida; en mi interior sentía que había más que eso y soñé cada noche con lo que deseaba a futuro. Una mañana desperté y dibujé en una hoja de block que tenía, tracé una escalera iniciando en el primer peldaño, que era en donde actualmente estaba y hasta el último al que quería llegar: **Desde muy pequeña quise ser "profesora de niños"** como decía desde mi inocencia infantil.

Estudí en un liceo técnico, pues sabía que, si no tenía nada, al menos ahí podría adquirir una herramienta para poder sobrevivir cuando saliera de la educación media. Escogí técnico en atención de párvulos; me esforcé tanto como pude y trabajé cada fin de semana y cada verano. El año 2006 finalicé la práctica profesional con nota máxima, lo que me fortaleció para continuar.

Luego de terminar la enseñanza media, comencé a trabajar como cajera en un supermercado, necesitaba sobrevivir, deseaba ir a la universidad, pero veía este sueño cada vez más lejano. Sin tener

recursos económicos, preparación académica y apoyo familiar es casi imposible asumir un desafío tan grande.

Mis jefes eran una agradable pareja, cristianos, ambos conversaban mucho conmigo, tanto así que les abrí mi corazón y les conté mis sueños, me escucharon y empujaron para que siguiera, me recordaron el potencial que tenía, me acercaron a Dios y me aferre como nunca a Él, confíe en que, si creía y tenía fe, podía hacer en mi vida un milagro.

Comencé a asistir a un preuniversitario en las noches, luego de salir del trabajo; rendí la PSU y mi puntaje fue suficiente como para poder elegir la carrera que siempre deseé.

Estudiaba durante el día, trabajaba en todo lo que podía: como niñera, animadora de cumpleaños, garzona, cajera de supermercado, vendedora en tiendas de ropa americana y asistente de párvulos en los jardines de verano de Integra. Ser parte de esta familia que le cambia la vida a los niños y niñas como yo; ser parte de la fundación que ayuda a que estas personas llenas de sueños no dejen de soñar, pese a la adversidad hizo que me propusiera continuar mi formación académica para dedicarla a trabajar en

ser parte de la fundación que ayuda a que estas personas llenas de sueños no dejen de soñar

la fundación que derriba las barreras de la discriminación biopsicosocial.

Trabajé los veranos, todos los años de mi carrera, como agente educativa en el programa "Vacaciones en mi jardín,". Mi práctica profesional la realicé como Educadora de Párvulos y paralelamente trabajé en extensión horaria en la Fundación y es en ese momento cuando la directora me motivó a postular a un cargo en reemplazo de educadora, pero finalmente quedé en un cargo vacante. Posteriormente reemplacé a mi directora de entonces, quien, al regresar de su licencia médica, me recomendó con la oficina regional para los cargos vacantes para directora y así fue como recorrí Melipeuco, Pailahueque, Temuco y Barros Arana.

Sigo soñando con la misma pasión desde hace 12 años. Gracias a mi trabajo en Integra, continúo estudiando para entregar lo mejor a nuestros niños, niñas, familias y equipos. Termine mi segunda carrera de psicopedagoga, mención desarrollo infantil y postítulo en gestión educativa. Espero, en el futuro, realizar un magister y, posteriormente, un doctorado, aunque, por ahora, mi tiempo fuera del trabajo lo invierto en el amor de mi vida, mi hijo Mateo, que, obviamente, asiste a un jardín Integra.



después de la oscuridad



Rebeca Monge Trujillo

Jardín infantil Pequeñas sonrisas
Región de Los Lagos

Mi familia vivía en Puerto Montt, teníamos problemas económicos, pero un gran apoyo emocional. Mi papá era chofer de micros y mi madre, dueña de casa. No contábamos con bienes materiales, solo alcanzaba para comer y vestirnos a medias.

Mi padre se quitó la vida en 1976, dejando a su familia sufriendo el dolor y la pobreza, con un futuro muy incierto. Mi mamá comenzó a vender frutas y verduras en canasta por el centro, para así poder llevar el pan a casa.

Los estudios no eran una prioridad, porque no había recursos. No obstante, un día llegó quien había sido jefe de mi padre y me ofreció seguir estudiando. Me matriculó en el Liceo María Auxiliadora, con el único compromiso de que terminara mis estudios. Mientras tanto, mis hermanos menores aportaban con sus granitos de arena para el sustento diario del hogar.

Nunca falté al liceo, pero me alimentaba mal, para dejarle comida a mis hermanos. Sufrí varios desmayos de hambre, hasta que llamaron a mi mamá y me dieron una beca de alimentación para almorzar en el internado y le entregaron alimentos y ropa para nuestra familia.

Allí comenzó mi agradecimiento por la vida y mi **vocación por los niños**, acompañando a Sor Anita a las colonias en las poblaciones y a los catecismos los sábados, jugando con ellos para que expresaran su alegría.

En 1980, terminé la enseñanza media, con una práctica de 6 meses en Conín, obteniendo el 5° medio con el título de técnico con mención en atención de párvulos. Al año siguiente, comencé a trabajar en el primer centro abierto.

Nuestro trabajo con niños era muy gratificante, se mostraban felices y los padres muy agradecidos con cada logro de sus hijos. La fundación de ayuda a la comunidad de esa época era más bien asistencial, siendo la prioridad entregar vestuarios, alimentación e higiene. El clima laboral era muy bueno.

En 1982 conocí al príncipe azul de mis cuentos. Feliz de esta relación, empecé hacer planes de casamiento con fecha incluida, pero mi desilusión fue muy grande cuando me dejó, con un hijo en el vientre. En noviembre de 1984, traje al mundo a mi niño, sin contar con el apoyo de su padre, y pesando la decepción que le había causado a mi madre y mis hermanos, quienes habían puesto sus esperanzas en mí. Seguí trabajando para sacar adelante, ahora, a un miembro más de mi numerosa familia. Tuve que buscar otro trabajo, con nuevos ingresos, que me permitiera seguir adelante, pero siempre echando de menos mi labor con niños.

En 1993, conocí a mi actual pareja, un hombre bueno y trabajador con quien tuve una niña. Ahora, ya más estable y con compañía, no se me hacía tan difícil el poder trabajar para mis hijos.

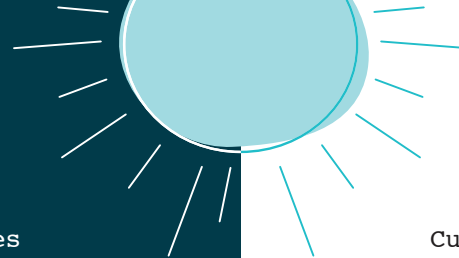
Cuando la Fundación Integra se hizo cargo de los centros abiertos con un sueldo digno, postulé y, como me había retirado en el año 1988 sin ningún problema, pude volver en 1996, a ejercer mi vocación en el jardín infantil La colina.

En 2008, se construyeron jardines en sectores cercanos a mi hogar; decidí postular para el traslado laboral, quedé y todavía trabajo aquí.

Al pasar los años, mi hija decidió seguir mis pasos y ahora es una profesional con su título de técnico en Educación Parvularia. Tengo el honor de compartir una sala con ella, siendo colegas y amigas.

La Fundación Integra me entregó muchos beneficios: estabilidad laboral, conocimiento en la educación parvularia y, sobre todo, la oportunidad para tener a mi hija en el jardín en sus primeros años. Ahora, a mis 59 años, me siento totalmente realizada en el ámbito profesional.

Al recordar el pasado, lo pongo en una balanza y, con orgullo, puedo decir que la vida con sacrificio pesa mucho menos cuando la persona pone a prueba su fortaleza, responsabilidad y esfuerzo, porque siempre existirá una luz después de la oscuridad.





“Desde 1994 que pertenezco a Fundación Integra. En el transcurso de mis años me he enfocado en realizarme como persona y como profesional. He visto pasar varias generaciones y veo con orgullo y alegría todo el desarrollo profesional y humano que han tenido mis estudiantes. Hoy tengo como alumnos hijos de mis ex párvulos que ya son profesionales y es emocionante recibir ese cariño. Desde este mirador del mundo que se llama El Salvador quiero seguir aportando al desarrollo de mis niños y niñas”.



Nelly Honores Palta
Jardín infantil Remanso
Región de Atacama



“Fui mamá a los 16 años, lo que reafirmó mi interés por los niños. El poder liderar un equipo y organizar las más hermosas experiencias para la comunidad educativa ha sido lo que me llena de felicidad. Las sonrisas de aquellas personas que han pasado por nuestro establecimiento y sentir que juntas somos un aporte para esta sociedad. Fundación Integra se ha convertido en el pilar fundamental de mi crecimiento como profesional, me ha entregado las herramientas para mejorar mi liderazgo”.



Dana Brana Cárdenas
Sala cuna Angelitos
Región de Los Lagos



“Soy la tía Bonchi, una persona que no sabía que por sus venas corría la fuerza de la mujer chilena, de la que habla Alonso de Ercilla. Hoy soy una mujer que venció sus miedos y sus tristezas, una mujer que mira la vida con sus penas y alegrías como un desafío constante. Veo el mar de posibilidades que existen para mí, pero más que eso y gracias a quienes creyeron en mí, veo el inmenso océano de oportunidades que puedo generar para mis niñas y niños de mi amado Cañete y mi amada Fundación Integra”.



Leslie Gutiérrez Obreque
Jardín infantil Fresia
Región del Biobío



“Fui sintiendo la necesidad de seguir perfeccionándome y alcanzar unos de mis sueños. Es así que, junto a mi esposo, tomé la decisión de estudiar una carrera de manera voluntaria en una institución externa. Fueron difíciles todos esos años, no por mi interés y motivación por el estudio, sino por la organización de tiempos en ser madre, trabajadora, esposa, dueña de casa y estudiante. Me esforcé cada año ¡Sí se puede! Nada es fácil, así que seguí adelante sin bajar mis brazos”.



Patricia Illanes Pulgar
Jardín infantil O'Higgins 3395
Región del Biobío

*todo es posible
gracias al amor*



María José Rodríguez Ramírez
Casa central

En 2011, me incorporé a Integra como prevencionista regional del Biobío. Fue un año de regalos: un nuevo trabajo, mi matrimonio y, meses después, la noticia más bella, estaba embarazada. En 2012, me enteré de que mi hija tenía problemas al corazón... mi mundo se desmoronó. No se imaginan lo duro que fue escuchar las palabras del doctor. Nadie espera que tu hijo o hija pueda morir, pero no bajamos los brazos y nos fuimos a Santiago, con el apoyo siempre de mis amigas y colegas de Integra.

Sofía nació de emergencia el 27 de septiembre de 2012, pesando 1.300 kilogramos y se mantuvo así dos meses antes de su primera cirugía. Creí no tener fuerza y le pedí a Dios que me ayudara y fue así. Al ver los ojos de Sofía, sabía que debía luchar a la par con ella, luchar contra mis miedos, luchar contra todo pensamiento negativo que pudiese tener o que me rodeara.

Mi pequeña se sometió a cirugía y nadie daba un peso por ella. Estuvo su primer año hospitalizada, con procedimientos, más cirugías y, en muchas ocasiones, al borde de la muerte, pero se aferraba tanto a la vida que salió adelante. Tras pasar el tiempo, mi vida sufrió otra pérdida, mi matrimonio se acabó.

Ya sola con ella, volví a trabajar y, gracias al apoyo de mis amigas, colegas y jefaturas, lidiar con controles médicos y hospitalizaciones fue más llevadero. Tuve que alejarme de mi hija, porque no tenía quién me la cuidara. Se fue a vivir con mis papás y la veía los fines de semana a ratos (porque era el turno de su papá). Me iba después

del trabajo a ver a mi gorda y volvía a Concepción todos los lunes en la madrugada.

Luego, se me dio la posibilidad de ir a trabajar a Integra Casa Central. Era una señal, era lo que necesitaba. Me fui con una mano adelante y otra atrás, junté dinero poco a poco, arrendé un departamento y me llevé a Sofía a vivir conmigo.

En 2017, tras un procedimiento, nos informaron que a mi pequeña le quedaban dos semanas de vida, pero no bajé los brazos y, frente a todo riesgo, Sofía fue a cirugía... horas de espera... pero la noticia fue alentadora, siguió adelante.

A fines de 2018, la junta médica me informo que sus exámenes no estaban buenos y que ellos, como especialistas, no podían hacer nada más. Recorrí cada hospital y clínica en busca de segundas opiniones y todas decían: "Está fuera de mi alcance". Comencé a enviar todos los antecedentes médicos a Canadá, España y Estados Unidos. La respuesta positiva vino de un cirujano chileno de Boston, quien accedió a intervenirla.

Pero nada es gratis y debía costear US\$ 242.000, así que comencé la campaña "DALE VIDA A SOFÍA", un trabajo de no parar. Fueron diez meses que dormía cuatro horas diarias, entre que trabajaba

agradecer a la vida. pese a al dolor


en Integra y llegaba a casa a hacer tareas, cenar y, con esfuerzo, a jugar un rato para posteriormente preparar las cosas del día siguiente y dedicarme hasta las 3 de la mañana a enviar cartas, subir información y revisar redes sociales. Fue duro y desgastador, pero no imposible.

El 24 de febrero de 2020 Sofía ingresó a pabellón, la cirugía fue un éxito, pero posteriormente hubo problemas. El 24 de marzo se encontraban a minutos de quitarle el ventilador para que comenzara a respirar por sí sola, cuando sufrió un paro cardíaco y falleció.

Sí, muchos no entendíamos qué pasó, pero mi pensamiento es que Sofía ya cumplió su misión... era su hora y hoy tiene un corazón nuevo... ya no hay dolor.

Te invito a agradecer a la vida, pese al dolor.



A black and white portrait of a young woman with long dark hair, smiling warmly. She is wearing a dark top and a small earring. The background is a plain, light color.

*solo hace falta
una persona
para cambiar la
vida de otro*



Andrea Cifuentes Insunza
Jardín infantil Valle de Azapa
RM Nor poniente

Nací en una familia vulnerable, sorteando diversas dificultades; éramos pobres y lidiábamos con carencias de distinto tipo. Mi inicio en esta vida me dejó huellas para siempre sin que nadie notara mi sufrimiento. Mis padres siempre me impulsaron a estudiar, siempre me dijeron que era lo único que podían hacer por mí. Yo sólo pensaba en trabajar y alejarme de todos y todo. Escapar. Ante esa insistencia, rendí la PSU y comencé a barajar alternativas. En esa búsqueda, sentí una especial curiosidad por la educación e ingresé a la carrera de Educación Parvularia en la Universidad de Concepción. Me fui encantando de a poco con la profesión y con la posibilidad de **ser un agente de cambio en la infancia de muchos niños** siendo una forma real de poder contribuir de alguna forma en la sociedad. Fui una buena estudiante, no sobresaliente, pero me iba bien y las palabras de mis padres siempre resonaron "La educación es lo único que podrían hacer por mí". Siempre me alentaron; yo desde mis miedos generados por distintos traumas me dije que lo que había pasado en mi infancia no debía ser un tormento para toda mi vida. No me podía castigar a mi misma por cosas que no fueron mi culpa. Crecer fue difícil, pero lo hice convencida que la vida no podía ser solo sufrimiento. Me di cuenta que soy yo la única que puede salvar a esa niña vulnerada que está en mí. Y desde mi rol alentar a otras personas a que crean en sí mismas y salgan adelante ante cualquier dificultad sea cual sea.

Con esta mirada ante la vida conseguí distintos triunfos; mi práctica profesional la realicé en Estados Unidos por una beca que me dieron en la universidad, viviendo una temporada en Minnesota, trabajando en una escuela pública donde pude conocer de una cultura muy distinta a la nuestra y enseñar la propia.

Ya egresada me trasladé a Santiago y comencé a trabajar casi de inmediato en Integra. Pasé las etapas del proceso y me contactaron para que eligiera una comuna dónde trabajar, yo sin conocer mucho la ciudad escogí Renca ya que desde mi ventana en el centro podía ver el cerro tan característico de esa comuna. Ahí pude continuar aprendiendo constantemente dándome cuenta lo mucho que disfruto educar y compartir lo que sé con quienes lo necesiten. Ya sea colegas, apoderadas y por supuesto que niños/as, asimismo aprender de ellos/as también. En 2015, comencé un magíster en Educación, con mención en práctica del lenguaje y matemáticas. Al tiempo de egresar fuimos invitadas junto a unas compañeras, a exponer a Europa un artículo escrito por nosotras, relacionado con mi proyecto de título. Había dejado de ser, hace un tiempo ya, la niña con carencias que jamás imaginó que expondría un trabajo al otro lado del mundo.

Nos presentamos en Granada, España y Guarda, Portugal.



terminé enseñándome a mi misma más asignaturas de las que puedo recordar

Puedo decir que he tenido grandes logros como viajar a otros países, conocer distintas culturas, aprender constantemente. Pero creo que el más grande de todos es poder mirarme al espejo y saber que me merezco todo lo bueno que me ha pasado. Me merezco ser amada, ser feliz. Hoy intento acercarme siempre a mis recuerdos de infancia y adolescencia. Momentos en los que sufrí bastante, tratando de encontrar mi lugar en este mundo. No solo se debía a la falta de recursos económicos, sino también a una autoestima algo dañada y disminuida producto de todo lo que había vivido. Mi experiencia me ha ayudado a enfrentar de mejor manera las crisis y a salir bien parada de ellas; he podido sobrellevar los desafíos, mirarlos, afrontarlos... y cumplirlos. Aprendí a educar mis emociones, lo que pretendo transmitir y enseñar a todos los niños y niñas que se crucen en mi camino. Estudié educación para formar a otros y otras, pero terminé enseñándome a mí misma más asignaturas de las que puedo recordar.

Por mínima que sea, siempre hay una luz que nos puede ayudar a ver lo valiosas que somos. Decido darme valor, darme una oportunidad y honrar mis batallas que me han llevado a ser la persona que hoy soy, agradecida de la vida y de quienes me han acompañado en este crecimiento profesional y sobre todo personal. No sé cuál será mi siguiente desafío, pero estoy segura que saldré victoriosa.





“Aprendí a valorarme y a darme cuenta que podía seguir avanzando y crecer como mujer, como persona. En 2012, comencé a estudiar asistente de párvulos; luego, seguí buscando ampliar mis conocimientos y tomé la decisión de estudiar para educadora de párvulos.

Actualmente, me siento una mujer realizada y llena de satisfacción por los logros obtenidos. Tengo la motivación de seguir nutriendo mis conocimientos para hacer lo que yo amo”.



Marta Vejares Bustos

Jardín infantil Matilde Salamanca
Región de Coquimbo



“Agradezco a Dios, a la vida y a Fundación Integra cada una de las oportunidades que me han brindado y que me han permitido estar hoy plena y feliz. Gracias a mi esposo y mis hijos y, no menos importante, a mí misma por haber tenido la garra, la valentía y el coraje de poder derribar los miedos, de creer en mí, de buscar y tomar cada una de las oportunidades que se me han presentado y confiar que, con dedicación y esfuerzo, podemos alcanzar los sueños que hemos tenido”.



Deyanira Garcés Montecinos

Oficina regional
Región del Biobío



Educar es amar, es traspasar barreras, es disponerse a crecer junto a otros de manera permanente, entusiasta y dinámica, y ese rol, liderando con entusiasmo alegría y gratitud permanente, lo ha desempeñado de manera loable nuestra tía Ester. Ha sido una maestra para todas las jóvenes agentes que han llegado a trabajar en las Islas Huichas, quienes han tenido el privilegio de observar sus prácticas y nutrir sus saberes haciendo pasantías con ella.



En reconocimiento a
María Ester Chávez Paillán
Jardín infantil Los canelos
Región de Aysén



Marle es una agente educativa respetuosa de su comunidad. Una gran líder, una emprendedora que pudo sacar adelante, como madre soltera, a su hijo. Ha aportado desde el amor, la alegría y la validación de las familias, entregando seguridad, confianza y entusiasmo para avanzar educativamente, impulsando a mirar más allá de la isla, invitando a sacar a sus hijos a estudiar fuera para concluir su enseñanza media y acceder a carreras profesionales.



En reconocimiento a
Marle Andrade Huenteo
Jardín infantil Los canelos
Región de Aysén

al borde de la muerte



Gipsy Vicentelo Paucay

Jardín infantil Esperanza de niños
Región de Antofagasta

FUNDACIÓN
INTEGRA

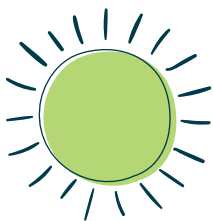
Ingresé a trabajar en Fundación Integra en marzo de 2001, en la Región de Antofagasta, como coordinadora pedagógica, recorriendo por diez años diferentes zonas rurales y extremas de mi querida Segunda Región.

Después de un tiempo, me trasladé a Calama, en forma definitiva, asumiendo el cargo de directora en el jardín infantil Esperanza de niños.

En 2007, contraí matrimonio y en 2014, quedé embarazada. Para nuestra sorpresa, **eran gemelos**. Tras el baby shower de mi equipo, tuvimos que trasladarnos a Iquique para el parto, ya que por los riesgos asociados a embarazos múltiples, se necesitaba contar con una UCI pediátrica, que no tenía Calama.

Llegada la semana 36 de gestación, se programó la cesárea para el martes 18 de noviembre. Todo salió bien, incluso pude ver a mis hijos cuando fueron naciendo. Sin embargo, todo se complicó después.

Estando en mi habitación, a la espera de que me trajeran a mis hijos, comencé con una hemorragia severa; a tal punto, que comenzaron a hacerme ejercicios en el útero para conseguir que se contrajera. Posteriormente, me desmayé, producto de un paro cardiorrespiratorio. Después de un momento reaccioné y debieron trasladarme nuevamente a pabellón. Solo recuerdo que entré al ascensor y una paramédico me acarició la cabeza y me dijo que iba a estar bien.



*una paramédico me acarició la cabeza
y me dijo que iba a estar bien*

Ya en el quirófano, me empecé a desangrar y me dio un infarto agudo al miocardio, estuve clínicamente muerta durante cinco minutos. Al hacerme volver, evaluaron que había entrado en triada de la muerte, por lo que procedieron a ponerme en protocolo de pausa y me dejaron en UCI, para poder juntar fuerzas y seguir con la operación, pues **mi situación era de riesgo vital.**

Fui sometida a cuatro cirugías más y necesité 80 donadores de sangre. Estuve en coma inducido cuatro días, porque se me había producido una inercia uterina.

En todo ese tiempo, se contactaron con mi familia, las directoras regionales Lidia Julio y Yocelyn Sanhueza. Ambas solicitaron a su personal acercarse a donar sangre. También estaba pendiente la directora regional del Maule, Claudia Cucurella, con quien habíamos trabajado juntas en Antofagasta. Además, a la clínica llegaron amigas y trabajadoras de Integra que había conocido a lo largo de mis años en la institución y que vivían en Iquique. Asimismo, se realizaron cadenas de oración en varias partes del país.

Recién después de diez días, me dieron el alta, junto a mis hijos Gabriel Amiram y José Miguel, y comencé una lenta recuperación.

Ya han pasado más de cinco años y estoy trabajando nuevamente. **Quise dar mi testimonio, aunque es fuerte para mí, para agradecer a todos y cada uno de los integrantes de Fundación Integra que, en un momento tan difícil, me hicieron sentir su cariño y apoyo.**

Agradezco los cientos de mensajes de todo tipo y a quienes estuvieron con mi familia. También agradezco a Dios por todo, por su amor y misericordia. Tras pasar una experiencia de vida tan fuerte, solo queda mirar al cielo y dar infinitas gracias.

Sé que Integra es una institución grande a nivel nacional, con diversidad de personas, pero **nos une un gran cariño.** Ojalá nunca se pierda esa unidad, cercanía y calidez que nos hacen sentir como FAMILIA INTEGRÁ.

Una vez más... ¡Gracias!



gracias...



*todas podemos
ser madres*



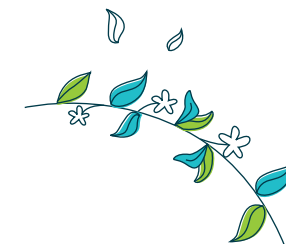
María Fernanda Arellano
Jardín infantil Girasol
Región de La Araucanía

Comencé trabajando en Fundación Integra realizando una práctica de técnico en nivel medio en el jardín infantil Las araucarias de la ciudad de Lautaro, al que había asistido como alumna en mi infancia. Después de esta grata experiencia, y de darme cuenta **qué era lo que quería para mi vida,** comencé a realizar reemplazos como agente educativa en Lautaro y Temuco, y decidí estudiar Pedagogía en Educación Parvularia. Trabajé en cada programa estacional de la Fundación, tanto en invierno como en verano, para poder tener experiencia y aprender de la profesión en esta institución.

Al concluir la carrera y titularme, empecé a trabajar en Loncoche, luego me trasladé a Temuco. Durante ese tiempo, me ofrecieron realizar un reemplazo como directora del jardín infantil Betania de Perquenco y después me trasladé al jardín infantil Girasol de Pillanlelbun, el que hasta hoy lidero.

No obstante, mis metas no acababan en lo laboral. Mis objetivos y grandes sueños estaban enfocados en llegar a ser madre, puesto que en segundo medio me había enterado de que no podría serlo de forma natural. Tras realizar innumerables tratamientos médicos sin ningún resultado, decidí comenzar el proceso de adopción, a finales de 2015.

*mis objetivos y grandes sueños estaban
enfocados en llegar a ser madre...*



De inmediato me señalaron que era casi imposible que me dieran un pequeño en adopción, porque soy soltera y las solteras se encuentran en el último lugar en la lista de prioridades y, a nivel nacional, son muy pocos los casos positivos.

Pero no me desanimé y llevé a cabo todo el proceso, que es muy largo y engorroso. Duró alrededor de tres años, en los cuales debí desarrollar innumerables evaluaciones psicológicas y sociales; revisaron mi casa y la de mis padres en varias ocasiones; además de recopilar cartas de recomendación de familiares, amigos y amigas, colegas y jefaturas, y tener que asistir a talleres preadoptivos. **La Fundación me apoyó en todo momento.** Al concluir, me declararon idónea para adoptar, pero seguía en la misma situación de que, por ser soltera, era el último eslabón de la escalera de prioridad. Para tener mayores posibilidades, ingresé al llamado nacional; es decir, que esperaba un niño o niña de cualquier parte de Chile.

Comenzó la larga y gran espera de mi hijo o hija. Pasaron meses y meses, ya las esperanzas estaban completamente perdidas. Pero, el viernes 23 de noviembre de 2018, mientras celebraba en el jardín el Día de la Educadora de Párvulos, me llaman telefónicamente para preguntarme si quiero postular a ser la mamá un niño de 5 años, de Arica. No tuve muchos detalles, solo que el lunes nos juntábamos en el Sename Temuco. El 26 de noviembre, acompañada por mis padres, asistí a la entrevista, me leyeron toda la ficha de antecedentes de

mi hijo, no era muy positiva y solo tenía hasta el siguiente día para dar la respuesta que, por supuesto, fue afirmativa. El martes 27 de noviembre recibí la gran noticia: era madre.

Lo había logrado. El 26 de diciembre fue el enlace en Arica, acompañada por mis padres. La Navidad la pasamos en el aeropuerto, pero ese día fue el mejor de mi vida. Sentir unos pies corriendo por un pasillo, de una personita que solo había visto por una foto. Se asomó en el marco de la puerta y me dijo: "Mamá, mami, mamita" y me abrazó. Fue algo mágico, desde ese momento sentí que era tan propio, tan mío y que no nos separaríamos nunca más en la vida. Estamos próximos a cumplir dos años juntos y nunca he sentido nada distinto.

Todas podemos, solo debemos intentarlo y nunca dejar de creer en que pueden cumplirse nuestros sueños y anhelos.



*desde ese momento
sentí que era tan propio.
tan mío y que no nos
separaríamos nunca*



Ser líder es guiar, acompañar, modelar con el ejemplo, ser mentor de nuevas generaciones, incansable en la entrega de valores y transmisión de vocación de servicio, respetando la diversidad, garantizando el buen trato y respeto. Es un honor reconocer a esta agente educativa como parte de nuestra historia fundacional: líderes positivos siempre aportarán desde el amor y entrega, más aún en Integra, donde lo que nos mueve es estar al servicio de la comunidad y ser parte activa de ella.



En reconocimiento a
Rosa Emilia Tarumán Cárdenas
Jardín infantil Los chilcos
Región de Aysen



“Mi prioridad siempre fueron mis estudios y la vida me ha entregado la satisfacción de cumplir muchos logros, uno de ellos es ser parte de Integra hace 12 años. Ha sido un gran recorrido laboral, adquiriendo nuevos conocimientos, alegrías y satisfacciones, pero siempre con la inquietud de continuar desarrollándome profesionalmente. A mis 53 años estoy cumpliendo el sueño de mi vida, estoy estudiando Educación Parvularia, gracias a la confianza y posibilidad que me entregó la Fundación”.



Sandra Vargas Vargas
Jardín infantil Pequeñas sonrisas
Región de Los Lagos



“Una parte importante de mi vida fue de mucho sufrimiento, cuando murió mi marido, pero a la vez de muchos momentos de satisfacción y entrega de cariño por personas que son parte de esta institución. La vida me ha enseñado a disfrutar lo más bueno de ella, las cosas simples, los momentos en familia, a las personas en vida, a ser una agradecida de lo que tengo: mi trabajo, conocer en el camino bellas personas, tener salud, pero por sobre todo, poder formar hijos resilientes y felices”.



Paula Torres Jara
Jardín infantil Mi mundo pequeño
Región del Maule



“Mi vida desde pequeña fue difícil, tuve que dejar de estudiar para poder apoyar a mí mamá y comencé a trabajar. Espero que mi historia pueda dar algún sentido en la vida a las mujeres, para que sigan luchando por sus objetivos con dedicación, amor, perseverancia y que las situaciones difíciles que la vida nos pone por delante debemos afrontarlas sin temor, porque somos mujeres guerreras. Como mensaje inspirador les aconsejo que nunca dejen de luchar por sus sueños, debemos vencer al destino”.



Paola Berríos Toro
Jardín infantil Ecos de esperanza
Región de Tarapacá

*ñuke akuay
ta pichiche*



Evelyn Rapiman Muñoz
Oficina regional
Región de La Araucanía

Zomo mapuche ngen, püñen, lamngen, wenüy, kümelche pu pichikeche engü ñuke akuay ta pichiche. Inche ta lof Pedro Rapimán mew ka Dahuepille lof mapu tuwün, ka Nueva Imperial warria. Mujer Mapuche, hija, hermana, amiga, educadora de párvulos, en la espera de ser madre.

Participo, activamente, de mi Comunidad Indígena Pedro Rapimán de Dahuepille (Alto Boroa) PJ 1408 de la ciudad de Nueva Imperial. He sido dirigente y, he asumido el desafío de favorecer la identidad cultural de los integrantes de mi comunidad. Una de las últimas iniciativas ha sido crear, junto a mi familia, una "Agrupación de mapuche Ngerekafe Dahuepille" (Tejedores Dahuepille), para revitalizar la cultura mapuche a través del arte del wixal, que ha sido reconocida por CONADI.

Como educadora de párvulos me desempeñé por 17 años como directora en jardines infantiles de Fundación Integra en la Región de La Araucanía. En uno de ellos, diseñé e implementé el proyecto "Mapuche giael tañi ruka" (La comida mapuche en mi casa), con el objetivo de que los niños y niñas construyeran su identidad cultural a partir del rescate de la alimentación. En ese entonces (año 2006), Integra tenía un currículo único que no consideraba las individualidades, ni los derechos culturales y en este jardín existía un 56% de mapuches. Gracias a este trabajo, en 2009, fuimos reconocidos por la OPS por buenas prácticas en Promoción de la Salud en el Ámbito Escolar y Preescolar.

Años más tarde, trabajé en el Departamento de Educación como coordinadora técnica, donde seguí impulsando proyectos para favorecer el reconocimiento a los derechos culturales de los niños y niñas y creé la Propuesta Intercultural Yamuwün (respeto entre las personas), con el objeto de incorporar al currículum institucional el kimün (conocimiento) mapuche con la participación de las familias y la comunidad.

Posteriormente, trabajé como profesional de apoyo en el Departamento de Cobertura y Proyectos, en el que fui cocreadora del Proyecto Kimeltuwün (aprender juntos), para el desarrollo de un set de materiales educativos que rescata el patrimonio inmaterial de la cultura mapuche. En 2017, expuse el trabajo realizado en el congreso internacional de la Red interuniversitaria de Educación e Interculturalidad (Riedi).

Debido a mi experiencia en el ámbito intercultural, he desarrollado la docencia en la carrera de Educación Parvularia, en la Universidad Autónoma y la Universidad Católica de Temuco. Precisamente en marzo de 2018, cuando regresaba luego de realizar la cátedra, tuve un grave accidente, me chocó un camión y quedé aprisionada en mi auto; providencialmente, a media cuadra de un cuartel de bomberos. Fueron ellos quienes me sacaron de entre los fierros y me llevaron al Hospital, con diagnóstico grave: policontusa, con fractura de clavícula y esguince cervical, pero estaba viva, por eso, estaba convencida que algo pendiente tenía en esta vida.

*al ver a mi familia desmoronada por el dolor,
logré darme fuerzas para seguir adelante y recuperarme*

Luego de varios meses de tratamiento, donde no era capaz de hacer nada sola y todo me ocasionaba dolor, mi preocupación creció, pues mi extremidad superior izquierda no reaccionaba a ningún estímulo. Producto del accidente, a nivel neuronal se me cortó el impulso nervioso entre el cerebro, la medula espinal y mi brazo. Tuve que realizarme un bloqueo de nervios. 15 días después, sentí mi brazo por primera vez. Fueron 17 meses en rehabilitación kinésica, farmacológica, psicológica y psiquiátrica. Después de poco más de un año, mi médico me planteó el desafío: intentar realizar mi rehabilitación en el trabajo. Comencé a trabajar media jornada, aun cuando mi brazo no tenía toda su funcionalidad.

Ya estaba pronta a lograr mi alta definitiva, cuando el destino me puso en el camino el dolor más grande de mi vida y tal vez una de las razones por las cuales tenía que sobrevivir a ese accidente. Repentinamente, falleció mi amado papá. Ese dolor repercutió en los avances que había tenido y nuevamente estuve con licencia médica, esta vez para sanar mi corazón. Fue, y ha sido difícil, pero, al ver a mi familia desmoronada por el dolor, logré darme fuerzas para seguir adelante y recuperarme. En diciembre de 2019, me dieron el alta definitiva.

Luego de pasar experiencias dolorosas, comienzas a querer vivir aquello que has dejado pendiente y les contaré el segundo motivo por el que creo sobreviví al accidente... la esquivada maternidad.

Según los exámenes médicos no tengo problemas de fertilidad, pero aun así nunca pude quedar embarazada. Antes de mi accidente había iniciado los trámites para adoptar, aun cuando en cada etapa del proceso me repetían que como mujer soltera era la cuarta y última opción al momento de ser elegida como madre. Lamentablemente, por estos dos sucesos dolorosos tuve que aplazar mi deseo, pero cuando me sentí nuevamente con esa fuerza de mujer mapuche de la cual me siento orgullosa, me presenté al Sename y solicité reactivar el proceso, me sometí a cuanta evaluación y proceso se requiere. Todo iba muy bien, pero justo cuando tenía que saber el resultado, nos enfrentamos a esta pandemia mundial.



me sentí nuevamente con esa fuerza de mujer mapuche de la cual me siento orgullosa

Cada cierto tiempo escribía para saber si alguien me contestaba y, después de dos meses, recibí el primer contacto: me anunciaban que mi proceso de evaluación había terminado y era una persona apta para adoptar. Un tremendo logro y un paso muy importante cumplir mi sueño de ser madre. Esa es ahora mi gran lucha y estoy con más fuerza que nunca para someterme a cualquier juicio y etapa que venga y así poder construir una familia junto a mi hija o hijo. También, en cierta forma, abrir las puertas a la inclusión y la equidad en los procesos de adopción, para que cada vez más hombres o mujeres solteros puedan tener las mismas oportunidades para ser padres, porque soy una convencida que no necesariamente el estar casada garantiza tener mejores competencias parentales, por el contrario, confío que va en las actitudes y habilidades de cada persona. Si fuera así, mayor cantidad de niños y niñas podrían hacer realidad el derecho tener a una familia.

Por eso hoy me considero ñuke akuay ta pichiche, madre en la espera de un hijo (embarazada), porque sé que pronto tendré a mi hijo o hija a mi lado. Se encontrará con una mujer luchadora que lo amará como jamás lo imaginó y formaremos una bella familia





“Cuando Florencia tenía 6 años, después de haber usado muchas cosas en sus piernas para poder caminar, un día el tío kinesiólogo la soltó y, por primera vez, ví a mi hija dar unos pasos y lloré de felicidad. Hoy tiene 11 años. Es una niña muy alegre, juguetona y muy cariñosa, pero, a pesar de caminar, no habla y no pierdo la esperanza de que algún día me diga ¡Mamá! Florencia me dio una enseñanza de vida: que con esfuerzo y perseverancia todo se puede, pero sobre todo sonreírle a la vida, pase lo que pase”.



Fabiola Muñoz Arellano
Jardín infantil Los peques
Región de O'Higgins



"Me siento una mujer orgullosa de mi familia, de lo que son mis hijos hoy en día y una profesional orgullosa de Fundación Integra. Muchas gracias por el crecimiento profesional que me han brindado durante todos estos años. Empecé como auxiliar de párvulos, con un hijo pequeño, y ahora soy una gran educadora de párvulos, con tres hijos. Me gusta capacitarme para entregar todos mis conocimientos a mis niños, niñas y tías del jardín”.



Paola Becerra Campos
Jardín infantil Rayitos tambinos
Región de Coquimbo



“En 2016, decidí estudiar Pedagogía en Educación Parvularia. A pesar de todo el esfuerzo económico y el tiempo que debía dedicar a realizar los informes, investigaciones, estudiar, asistir a clases, cumplir con la jornada laboral, las cosas cotidianas del hogar y colocarme al día con la tecnología, el estudiar fue una experiencia maravillosa que volvería a repetir y que recomiendo a todas y todos, sin importar la edad”.



Loreta Valderas Velásquez
Jardín infantil San Miguel
Región de Los Lagos



“Me dijeron que no lograría sacarle los pañales a mi hijo, pero pude hacerlo. Que no se manifestaría afectuosamente y, a los 5 años, logré que me abrazara y me besara. Me dijeron que no hablaría y, a los 8 años, dijo sus primeras palabras. Me dijeron tantas cosas que no podría y aquí me ven batallando con él a diario, ahora que tiene 15 años.

Esta hermosa experiencia la replico en mi trabajo, donde veo que hay padres que desean bajar los brazos y estoy ahí para apoyarlos”.



Silvia Rosales Díaz
Jardín infantil Los peques
Región de O'Higgins



*derrotar la
pobreza gracias
a la educación*



Jéssica Salas Vargas
Jardín infantil Las rocas
Región de Coquimbo

Jessica salas se destaca por su trayectoria impecable en Fundación Integra. Su trabajo está sustentado en dos pilares fundamentales, esfuerzo y vocación.

Sus inicios fueron de sacrificio pues desde que salió de cuarto medio soñó con ser auxiliar de párvulos, cuando supo que sus padres no podrían pagar la carrera lloró amargamente, había dado la prueba de aptitud académica que era lo máximo a lo que podía aspirar en ese entonces.

Sus primeros trabajos fueron de auxiliar en una escuela, pero tuvo que abandonar pues estaba cursando un embarazo de riesgo, así durante largo tiempo debió dejar de trabajar para darle los cuidados necesarios a su hijo, en soledad y con múltiples necesidades.

Transcurrido un tiempo llega a trabajar a un centro abierto perteneciente a Funaco, donde comienza a desarrollar su liderazgo, luchando por los derechos de las trabajadoras en tiempos muy difíciles, solo añoraba que pudieran obtener un título, estaba convencida que a través de la educación se podía derrotar la pobreza.

Al realizarse el cambio administrativo de Funaco a Integra la lucha persistió, logrando estar en la primera generación en obtener su título de auxiliar de párvulos.

Su sueño no terminaba ahí, quería aún más, comenzaba otra lucha, ser educadora de párvulos, quería conseguirlo, entonces comenzó

el camino, primero solicitando ayuda en el municipio para pagar la matrícula, además de realizar platos únicos, venta de queques, no importaba el cansancio ni se desmotivó ante las dificultades, el objetivo era claro y quería conseguirlo.

Postula a una beca con las ganas de obtener aquella posibilidad que le abriría las puertas para alcanzar su sueño, pero no fue beneficiada en ese momento, enfrentada a la realidad, no podía seguir costeándose la carrera y a punto de renunciar, pensaba en las palabras de su madre quien siempre le decía que estudiara si quería ser alguien y fueron esas palabras las que le dieron las fuerzas para continuar, es en ese momento que recibe una carta de Fundación Integra en la que su nombre figuraría en el primer lugar de la lista para obtener una beca de estudios, casi finalizando el año, es así como logra continuar con sus estudios y obtiene el título de educadora de párvulos. La vida no fue fácil para ella, nunca se dio por vencida pensando que su destino era ser pobre, sería casi la única vez que lloro de alegría.

Se abrieron salas cunas en Los vilos de Illapel y trabajó en Illapel ocho meses, esta fue una de las experiencias más significativas, pasado a un tiempo se da la posibilidad de postular al cargo de directora en Pichidanguí, adjudicándose el puesto aprobando el concurso.



Hoy lleva 13 años como directora del Jardín Infantil Las Rocas de Pichidanguí, para su equipo ella es La Abeja Reina, la que lidera, con gran espíritu de superación y resiliencia logrando un trabajo que ha trascendido las paredes de la comunidad educativa.

Fue un largo camino para estar hoy en el cargo que ocupa, la destacamos de manera unánime porque creemos que su historia es digna de ser contada, para que las nuevas generaciones tenga el impulso de seguir, aún enfrentado dificultades.

Los sueños se cumplen cuando se desean con el alma, peldaño a peldaño logró todo lo que se propuso. (Incluso manejar... Ja)

Admiramos a la guerrera que es y estamos felices de que además tenga una linda familia compuesta por su esposo y su hija que la aman infinitamente.

Con cariño de parte todo el equipo educativo del Jardín Las Rocas de Pichidanguí.



*Tu historia es lo que tienes.
Lo que siempre tendrás.
Es algo tuyo.*
(Michelle Obama)

el orgullo pehuenche

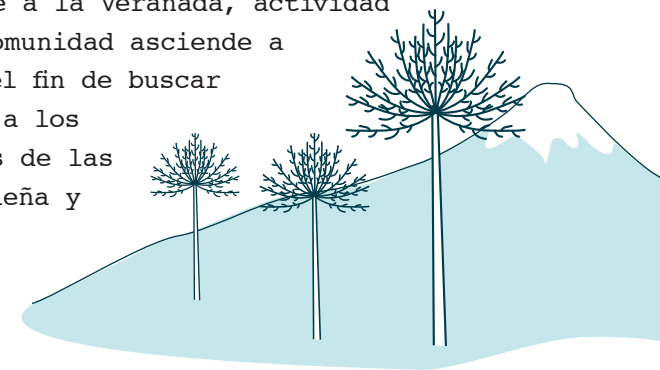


Juana Paine Canio
Jardín infantil Alaska
Región del Biobío

Vivo en la comunidad pehuenche de Butalelbum en Alto Biobío, en la comunidad me llaman "Cude" (personas de conocimiento). Vengo de un linaje sagrado, mi bisabuelo era el Cacique de la comunidad, que tenía dos esposas, que, además, eran hermanas. Ambas tuvieron mucha descendencia y uno de ellos es mi abuelo Jorge casado con la abuela Luisa, a quien admiro y sigo escuchando sus historias, que hablan de la cosmovisión pehuenche (mapuches de la cordillera).

Mi infancia fue muy feliz, con una familia esforzada, trabajadora y muy unida hasta el día de hoy. Me inculcaron una profunda conexión con la naturaleza. Mis días pasaban ordeñando vacas, haciendo queso y mantequilla, cruzando la cordillera a caballo campeando animales, rodeando el volcán y la cordillera, una vida que hasta hoy gira en torno a la naturaleza, los animales y los valores de respeto por mis raíces y el apego a mi familia, de la que prendí mi lengua materna, el chedungun.

Todos los años salgo con mi padre a la Veranada, actividad que se inicia en diciembre; mi comunidad asciende a sus rukas de la cordillera, con el fin de buscar los mejores pastos para engordar a los animales y recolectar los piñones de las araucarias, además de conseguir leña y forraje para el invierno.

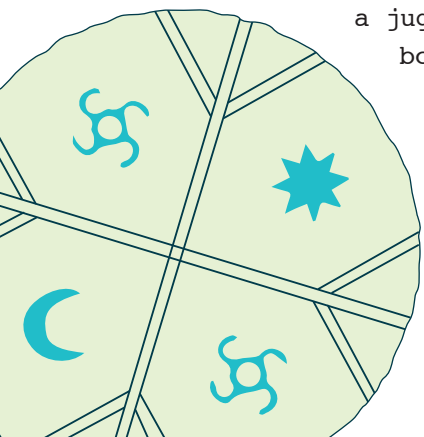


Volvemos en marzo, justo para empezar mi trabajo en el jardín, como técnica en educación parvularia. Partí en 2013, como reemplazo en extensión horaria y pronto pasé a jornada completa. Amo mi trabajo, casi tanto como a la naturaleza de mi tierra.

Mi padre me inculcó siempre la idea del estudio y, a los 6 años, me fui al internado del pueblo. Lo que más me costó fue expresarme, porque no hablaba castellano, solo el chedungun. Además, había momentos en que no veía a mis padres, incluso durante meses, debido a las nevazones que no dejaban posibilidad de paso, ya que antes no había caminos ni locomoción, como ahora. En esa época la única forma de conexión con el pueblo era a caballo.

Soy la encargada del inculcar a las niñas y niños la interculturalidad, a través de la enseñanza de las tradiciones pehuenches. Por ejemplo, tienen su propia ruka en el jardín y soy la guía de las ceremonias, como el We tripantu, que se realiza en junio, para rogar por un buen año para toda la comunidad, las familias, trabajadoras y educadoras del jardín. También, les enseño a jugar el palín, que es un juego de bastón (wiño) y bola (boül) de origen mapuche, que posee un fuerte componente ceremonial. Les canto en chedungun, les cuento las historias de los antepasados y les enseño a respetar a la naturaleza.

Claro que ya mi comunidad no es la misma, ahora la gente se está separando, cada



cual vela por lo suyo, no como antes, que nos cuidábamos y nos protegíamos, y el Cacique velaba por el bienestar de todas y todos, era una autoridad superior, un líder sagrado, al que se respetaba y que representaba a Ngünechen, y gozábamos de la riqueza del agua y de la tierra. Los problemas más fuertes de tierra comienzan con la dictadura. A algunas familias le compraron sus tierras a muy bajo precio y les quitaron gran parte del acceso al agua; a otras, las expropiaron y, actualmente, muchas de ellas viven en la pobreza. Conservan la figura del Lonco, pero es más política que sagrada.

Soy feliz en mi trabajo con las y los niños del jardín. Soy una agradecida de la posibilidad de enseñar mi conocimiento ancestral y de ser reconocida y valorada por toda la comunidad, el equipo y las familias de las y los niños por este aporte cultural que entrego con cariño, orgullo y profundo respeto por mis raíces. Es la forma material para entregar todo el amor que tengo para dar.

Pewkallal (Adiós)



soy una agradecida de la posibilidad de enseñar mi conocimiento ancestral



“Después de múltiples pérdidas -mi madre, mi padre, la madre que la vida me regaló, y la leucemia diagnosticada a mi hermano-, puedo decir que soy una mujer construida del dolor, resiliente. Siempre digo que la vida es bella, a pesar del sufrimiento. Todo es aprendizaje y, cada vez que puedo, lo replico a quienes lo necesitan. Nada me venció, al contrario, aprendí y maduré”.



Loyda Ojeda Contreras
Jardín infantil Alborada
Región de Arica y Parinacota



“Soy una profesional actualizada, reflexiva, que ha puesto a disposición sus talentos, cada vez que realizo intervenciones pedagógicas en el Hospital Regional. Ingresar a esta institución cambio mi visión por la primera infancia y de cómo contribuir a entregar educación de calidad, independiente del contexto en el cual las niñas, niños y lactantes se encuentren. Esa visión la transmito a mis alumnas, para que se formen con una visión inclusiva, comprometida, democrática y respetuosa”.



Carolina Bórquez Pedraza
Modalidad no convencional proyecto hospital
Región de Tarapacá



“La vida me ha permitido aprender del dolor, solo me queda agradecer a quienes han estado presentes: mis padres, amigos, amigas y equipos de trabajo. Sin duda me queda mucho camino por recorrer en lo personal y profesional, solo anhelo seguir con la certeza que las dificultades nos entregan oportunidades para aprender, modificarse y continuar soñando. Siempre hay oportunidades para reconstruir nuestra mejor versión. Hoy vuelvo a rearmar mi vida sostenida por el amor, los sueños y la vocación”.



Yovana López Carreño
Sala cuna Pequeñas lumbreras
Región de O'Higgins



“En enero de 2011 sufrimos un grave accidente automovilístico y mi hijo quedó con graves lesiones. Nos dijeron que no sobreviviría más de seis horas, pero, a los 12 días, abrió sus ojitos y comenzó su largo proceso de rehabilitación en la Teletón. Aún queda mucho por recorrer, porque él tiene solo 14 años y necesita mucho apoyo de sus padres, ya que quedó con bastantes secuelas”.



Jovita Pizarro Araya
Jardín infantil Ckapin Panni
Región de Antofagasta

*siempre hay que
tener un propósito*



Elisabeth Rodríguez Araneda
Jardín infantil Pedro de Valdivia
Región del Biobío

Nací, gracias a una partera, en mi casa. Mi abuela también era partera de la comunidad, pero ese día no pudo asistir a mi madre, porque estaba en otro parto. Este es uno de los oficios ancestrales más reconocidos por mi comunidad, así como el proceso de las Salinas de Cahuil, cerca de la playa del Estero Nilahue. Ese fue el entorno que me recibió a mí y a mis cuatro hermanos: un lugar donde, aún, se puede apreciar variedad de especies de aves, como loicas, torcazas, codorniz y Zorzal; un entorno que corresponde a nuestra reducción indígena llamada Painen Marileo, la cual aún continúa en manos de nuestras familias.

Mi familia integrante de la comunidad indígena decidió buscar nuevas oportunidades, por lo que se trasladaron a la famosa toma Agüita de la perdiz, ubicada en la ladera del cerro Caracol de Concepción, esta toma se encontraba formada, cuya fecha de creación fue en el año 1958 por 13 familias campesinas, la cual no era solo un lugar, sino era un ideario colectivo.

A pesar de la precariedad en que vivíamos –sin agua, sin luz, con piso de tierra y muy vulnerables–, me gustaba mucho el lugar por la naturaleza que nos rodeaba. Desde muy pequeña, con mis hermanos, trabajamos vendiendo verduras, copihues o castañas que recolectábamos. Para nosotros era un juego, pero, muchas veces, de eso dependía nuestra subsistencia.

Mi mamá trabajaba como nana en una casa lejana. Había días en que nos dejaba encerrados hasta que llegaba por



la tarde. Era su forma de cuidarnos, pero, cuando llegaba, nos castigaba, porque estaba todo desordenado.

No todo era triste, nos preparábamos el año entero para esperar las Navidades populares que se hacían en la toma. Los tíos nos enseñaban juegos entretenidos, comíamos dulces por única vez en el año y nos hacían talleres. **Con el tiempo, yo me transformé en tía de esa actividad, empezando, quizás así, mi futura vocación.**

A los 10 años tuve mi primer trabajo cuidando una bebé por la mañana, para, en la tarde, ir a la escuela. Era una niña cuidando de otra niña, soñaba con ser profesora o carabinera, porque me gustaba el orden.

En febrero de 2006 se erradica la toma de Agüita de la perdiz, siendo trasladada a San Pedro de la Paz. No queríamos irnos, pero no había alternativa. De hecho, se transformó en una oportunidad, porque salimos premiados con una casa propia.

Vendí cachureos en la feria hasta el 2007, cuando supe que se solicitaba personal sin estudios para trabajar en un jardín cercano. Fui a dejar el currículo y me llamaron varias veces, pero como era un número desconocido, no contestaba. Poco después, fui a dejar a la hija de una amiga a ese mismo jardín. ¡Como nada es casualidad, supe que me habían llamado para el trabajo! y entré a trabajar en una planta como asistente de párvulos de extensión horaria. Era un jardín grande, pero sin nivel de sala

*mirar la vida como una oportunidad,
y valorarnos a nosotros mismos*

cuna, el cual finalmente nosotras formaríamos. Todas amábamos nuestro trabajo, siempre preocupadas de tener todo lindo, ordenado y acogedor. Además, trabajaba en una pizzería los fines de semana, para poder estudiar. Con mucho esfuerzo **logré ser la única profesional de la familia.**

Con una colega nos propusimos estudiar. Decididas, logramos el título de técnico en Educación Parvularia, pero yo quería seguir avanzando, postulé a la universidad, estudié tres años y, justo, se abrieron las inscripciones para el Programa Técnicos para Chile del Ministerio de Educación. Postulé y quedé aceptada para ir hacer un curso en Madrid, en la Universidad La Salle. Congelé siete meses la carrera para irme a Europa; al volver, retomé mis estudios y me titulé como educadora en el 2018.

Agradezco la crianza de mi madre. Mis hermanos y yo tenemos valores sólidos, a pesar de las muchas carencias que sorteamos. Entendimos que podíamos elegir un camino, mirar la vida como una oportunidad, y valorarnos a nosotros mismos. Yo, desde pequeña, quise ser profesora y aquí estoy. Siempre hay que tener un propósito, siempre ir con la verdad; hay que quererse y buscar redes.

Este año, la directora del jardín se tomó su licencia pre y post natal por lo que fui asignada como su reemplazo. Estoy feliz y orgullosa. Quizás, en el futuro, pueda ser directora.





*trascender
en los demás*



Andrea Casanueva Mura
Oficina regional
Región de Tarapacá

Tengo vagos recuerdos de aquellos días en que junto a mi mamá vivíamos en una toma en el sector norte de Iquique. Yo tenía alrededor de 5 años y recuerdo que frente al campamento había un centro abierto llamado "Calichito". De ahí a veces me llevaban comida; y para la navidad una de las "tías" me llevó un regalo y comida para mí y para mi perro. Ella me llevaba lápices y dibujos hechos por ella para pintar.

Yo siempre era feliz cuando ella llegaba y golpeaba mi puerta.

La toma estaba ubicada en la Jorge Inostroza, donde esta ubicado actualmente, el Jardín Infantil "Calichito" (el excentro abierto) de Integra... nunca supe quien era ella.

Cuando salí de la universidad tenía solo una cosa clara: trabajar en una institución como Integra para inspirar y ayudar a muchos niños y niñas tal y como lo hizo aquella mujer conmigo.

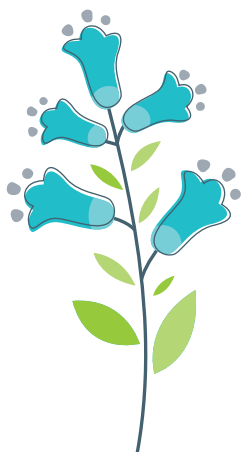
El destino quiso que mi primer trabajo como educadora de párvulos fuera en el Jardín "Calichito" en donde me desarrollé como Educadora de Sala Cuna y como directora (s) del establecimiento. Todas las mujeres que componían ese equipo, me formaron como profesional y me enseñaron todo lo que hoy sé técnica y éticamente. En todas ellas siempre vi a aquella "tía" que me iba a entregar comida, cariño y lapices de colores para pintar.

inspirar y ayudar a muchos niños y niñas

Hoy soy supervisora de las Modalidades no Convencionales de educación parvularia en la región de Tarapacá. Hoy recorro junto a Jardín sobre ruedas la pampa del Tamarugal y el borde costero de la región trabajando con las familias, con los niños y niñas del norte; mi actual trabajo en Integra me permite aportar desde este rol a la educación integral de los niños y niñas que se encuentran en la unidad de pediatría del hospital regional de Iquique y con los niños y niñas de la sala cuna en contexto carcelario "Sonrisas de bebé" ubicado al interior del CCP Femenino.

Cada día me levanto con la esperanza de trascender en otros y en otras por medio de la educación.

Aquí estoy desde hace trece años: promoviendo y protegiendo los derechos de la primera infancia; para que cada niño y niña tenga la posibilidad de desarrollarse pleno y feliz, sin importar el lugar donde le haya tocado nacer.



*el desarrollo pleno y
la felicidad de los niños y niñas está
en las manos de toda la sociedad*

Soy consciente que el desarrollo pleno y la felicidad de los niños y niñas está en las manos de toda la sociedad, y es algo que transmito a mis equipos.

La vida me enseñó que existe una sincronía misteriosa para conectarse con las demás personas y eso me lleva a pensar que siempre tenemos un propósito. No es producto del azar que mi primer trabajo como Educadora de Párvulos fuera en el Centro Abierto del campamento, el mismo que yo veía desde mi casa cuando era niña y del cual llegue a ser Directora. Es fundamental contar con personas que otorguen un soporte y un modelo de rol, en mi caso conté con el amor de mi familia, pero sin duda fue primordial la preocupación desinteresada y el cariño de las tías del jardín del campamento, es una lección de vida que trasciende hasta hoy.





“Al mirar el pasado, veo todo el camino y los obstáculos que tuve que atravesar para convertirme en la profesional que soy. En mi corazón no hay más que orgullo, agradecimiento y satisfacción personal, puesto que Fundación Integra me permitió, y lo sigue haciendo, poder desenvolverme en una carrera que amo, que cada día hace que me levante con la motivación de entregar lo mejor de mí a los niños y niñas. Todo lo que he recorrido me hace ser mejor persona, mejor profesional, a tener claras mis metas de vida”.



Margarita Traimante Illesca
Jardín infantil Jesús de Praga
Región de Antofagasta



“Mi trayectoria en Fundación Integra empieza en Ollagüe, como encargada de jardín. Vivía allá, pero mi esposo quedó sin trabajo y se trasladó a Calama. Me quedé con mi hijo menor, siendo sostén de mi familia, hasta que se generó un cargo de asistente administrativa en Calama. Luego, en 2015, me ofrecieron un cargo en la oficina regional de Antofagasta. No fue fácil, pero la perseverancia y ayuda de mi equipo de trabajo fueron fundamentales para quedarme permanentemente en este cargo”.



Virginia Astudillo Ávalos
Oficina regional
Región de Antofagasta



“Si me preguntaran cómo estoy hoy, diría que muy orgullosa de haber seguido mi sueño de enseñar, feliz de haberme cruzado con gente que me motivó a crecer de manera integral, de haber experimentado en todos los jardines que estuve. Esos aprendizajes me formaron como la persona que soy. Sigo mi camino aprendiendo de todo lo que me rodea, experimentando, creciendo como persona y como profesional. Donde me necesiten, allí voy a estar”.



Soledad Flores Morales
Jardín infantil Martín pescador
Región de Valparaíso



“La vida ha sido buena conmigo y soy una agradecida de Dios. Vivo intensamente cada día y siento que las dificultades ayudan a valorar lo realmente importante, la familia, lo que haces y entregas a los demás. Soy muy feliz en mi trabajo y disfruto realizando distintas experiencias con los niños y niñas que se merecen lo mejor de la vida. Insto a mis compañeras a no dejar que las lágrimas nublen la fe y la esperanza de que todo es posible si te esfuerzas y mantienes una actitud positiva”.



Lorna Rivera Campos
Jardín infantil Los copihues
Región de La Araucanía



*la vida es hoy
y hay que
disfrutarla*



Marta Dionicio Fernández
Casa Central

Soy una mujer que cree en Dios y en sus preceptos, no impidiendo mi mirada social de izquierda. Nací en Lota, padre minero y posteriormente Carabinero y madre campesina del pueblo Santa Juana. Soy la séptima de nueve hermanos, teniendo una relación muy entretenida.

Aunque estudié en un colegio público y católico de mujeres, en el liceo hice actividad política, fui presidenta del centro de alumnos y de la Federación Comunal de Liceos de Lota y Coronel, cercana a las Juventudes Comunistas, siendo expulsada del colegio terminando mi último año en Santa Juana.

Entré a estudiar Educación Parvularia, quería trabajar con la primera infancia y la estimulación temprana. Fui la primera y única de mi familia en entrar a la universidad. Pronto me di cuenta que quería más y luego de un taller de UNICEF se abrió mi mirada, reflexioné sobre el cómo modificar la realidad también pasa por la familia, decidiendo estudiar Trabajo Social en mi amada Universidad de Concepción.

Entendí que la pobreza es una trasgresión de derechos y empecé la construcción de mi profesión para trabajar con infancia vulnerada. Me especialicé en intervenciones en situaciones de crisis.

Fue así y a raíz de diversos eventos naturales y no naturales que me convocaron apoyar intervenciones en primeros auxilios psicológicos por estrés post traumático a trabajadora/es en todo

chile. A raíz de ello fui invitada a postular al primer Magister de Gestión de Riesgos y Desastres con mención de políticas públicas en la Academia de Guerra del Ejército de Chile. Gracias a ello logre contactos impensados en el área de estrategia y de gestión en desastres, permitiéndome acceder a una pasantía en Cuba, donde expuse la experiencia de la Fundación en intervención en riesgo de desastres.

Posteriormente, presente una propuesta de gestión en desastres para integra, esto quedó paralizado por mi diagnóstico y posteriormente las prioridades institucionales cambiaron.

A mi hija mayor la tuve soltera, pero después me casé, aunque no duré mucho. Con los años conocí a un viudo, padre de la mejor amiga de mi hija. Él tenía otra pequeña de apenas un año. Comencé a hacerme cargo de la niña en la semana, las cosas se fueron dando naturalmente, me embaracé y así se formó el clan familiar. La relación no prosperó, pero el lazo con las niñas fue mayor y las adopté legalmente. De él no supe más. Mi mundo son mis cuatro hijas, las crié sola, aunque gracias a Dios tuve la suerte de contar con el apoyo de toda mi gran familia y con los abuelos paternos de las niñas.

Debido a mi insuficiencia renal terminal, estuve en hemodiálisis lo que destruía mi vida, conectada a una máquina por horas. No hubo compatibilidad de donante vivo con mi amado hermano Luis. Fue una etapa muy complicada y decidí probar con un peritoneo.



Me mantuve así por más de un año, hasta que el 09/10/2018, tras un año y medio con licencia, me llamó una enfermera y me dijo: "Sra. Marta, tiene que venir a la clínica porque le encontramos un riñoncito". Estaba sola e incrédula, pero pensando que eso era lo que estaba esperando hace tanto tiempo.

El trasplante no es la sanidad, es cambiar una enfermedad por otra, pero no me quejo. He tenido muchos efectos secundarios, es un desafío permanente que hay que enfrentar. Pero, por cada una de las cosas que me han pasado, vale la pena seguir estando y disfrutando del día día.

Se puede, aunque es desgastador, pero si te quedas en la queja no vas a ninguna parte. Ahí es donde marcas la diferencia, ese es el punto que quiero transmitir. Siento que todavía tengo qué hacer y quiero hacerlo; tengo desafíos, debe existir un plan de gestión de riesgos de desastres en Integra.

Soy la muestra de que la vida es hoy, que es ahora cuando se debe disfrutar y es un privilegio al que no se le puede asignar precio ni valor.



Se puede, aunque es desgastador, pero si te quedas en la queja no vas a ninguna parte.



A black and white portrait of Sandra Pérez Tapia, a woman with shoulder-length dark hair, smiling. She is wearing a dark top with a white V-neck collar. A small logo with the letters 'INT' and 'Región d' is visible on her left chest.

una mujer completa



Sandra Pérez Tapia

Jardín infantil Diego Portales
Región de O'Higgins

Mi historia comienza en 1988, cuando empecé a trabajar como manipuladora de alimentos en jardín infantil Diego Portales. Con el paso del tiempo, y gracias a mi compromiso con la institución, me trasladaron a la oficina regional. Mis labores eran realizar gestiones en bancos y entregar correspondencia, entre otras.

Gracias a esta oportunidad, pude mostrar mis ganas de superarme laboralmente y sin estudios. Mi jefatura en ese entonces, la Sra. María Eugenia Vega, confió en mí y, como reconocimiento a mi responsabilidad, me permitió tomar el cargo de asistente administrativo en el jardín en el que había trabajado años antes. Una vez en ese cargo, finalicé mis estudios medios y me eduqué, gracias a las diversas capacitaciones que me brindó Integra.

No fue un camino fácil, ya que, a los cinco años de desempeñarme en el jardín, quedé viuda con dos niñas, Elizabeth, de 11 años, y María José, de 3. La institución fue clave para poder salir adelante ante la adversidad. Así hasta hoy, ya que puedo decir con orgullo que logré educar a mis dos hijas, ambas profesionales, que son mi apoyo incondicional.

Laboralmente, enfrenté períodos muy duros, pero siempre tuve la convicción de que mi profesionalismo me permitiría superarlos. Pese a todo lo vivido, logré superarme, aprendí de cada vivencia, rescaté lo bueno y fortalecí mi compromiso con la institución.

Hoy, con 31 años en Integra, sin duda, soy una mujer agradecida. Estoy feliz en mi jardín Mis primeras huellas, y dispuesta a dar lo mejor de mí, ya que sin mi trabajo no me sentiría una mujer completa como lo soy ahora.

Agradezco, una vez más, poder contar brevemente mi historia y servir de ejemplo a quienes recién comienzan su camino en la institución.



*sin mi trabajo.
no me sentiría
una mujer completa
como lo soy ahora*



“Nunca desistí, me postulé tres veces a Fundación Integra, hasta que me aceptaron. Ha sido un proceso de seguir estudiando y aprendiendo, 20 años de cumplido mi sueño.

Todo se puede lograr. Con esfuerzo y vocación, los sueños se hacen realidad si lo sigues intentando ¡Por una puerta que se cierra, hay una ventana que se abre! Sentir que se puede es lo más importante, aferrarse a la fe que cada una tenga y no tener miedo a la honestidad”.



Olga Acuña Sepúlveda
Jardín infantil El caracol
Región de Ñuble



“Luego de mucho esfuerzo y trabajo en Fundación Integra quedé como la nueva directora, una emoción que no esperaba. Nunca me imaginé llegar tan lejos y poder demostrar lo que he aprendido en estos 18 años de trayectoria, pasando por muchos cargos, aprendiendo siempre y ahora con un tremendo equipo de trabajo, que demuestra cada día su compromiso, vocación, responsabilidad y amor en lo que entregan cada día a los niños y niñas, familias y comunidad”.



María Claudia Ávila Jerez
Jardín infantil Los retoños
Región de O'Higgins

A black and white portrait of a woman with long, dark, curly hair, smiling gently. She is wearing a dark, patterned top. The portrait is positioned on the left side of the page, partially overlapping a teal background.

Luchando por mi hijo



Karem Valverde Ayala
Jardín infantil El canelo
Región de Coquimbo

La víspera de Año Nuevo de 2011, mi vida tomó un giro inesperado al enterarme que estaba embarazada. Estaba muy feliz, pero, también, con mucha incertidumbre, pues mi hijo mayor tenía 18 años.

El transcurso del embarazo fue normal, solo presenté sentimientos de angustia que derivaron en una consulta psicológica. En la tercera ecografía, el médico me señaló que “hay cosas que no se pueden decir en esta etapa de gestación” y me reveló que sería un niño. Decidí que su nombre sería Mateo.

Un mes luego de la última ecografía y con solo 8 meses, nació mi hijo. Al verlo, me llamó la atención su tersa piel, luego de cuatro horas de parto. Una doctora se acercó y me informó que mi hijo presentaba rasgos de Síndrome de Down. Quedé sin palabras, no pude preguntar ni responder nada, porque el miedo me envolvía.

Esa noche no pude conciliar el sueño, solo pensaba en la discriminación que iba a sufrir mi hijo en este país en que **las personas en situación de discapacidad no tienen la oportunidad de desarrollarse y son excluidas.**

Cuando debíamos volver a casa, la salud de Mateo se complicó y tuvo que ser operado de una obstrucción intestinal a los 15 días de nacido, en el Hospital de La Serena. Al mes, fue intervenido en Santiago por una cardiopatía que lo puso en riesgo vital.

A los tres meses y luego de toda esta pesadilla, pude llegar a mi casa con él. Se convirtió en el día más feliz de mi vida, nadie podía quitarme la sonrisa del rostro.

Desde ese momento, el propósito de mi vida cambió y la inclusión se convirtió en mi batalla. Quería que mi hijo fuera visibilizado y respetado por su entorno, que la sociedad estuviera informada y educada respecto a su condición. Comencé a realizar actividades en el jardín infantil El Canelo, entregando información en el diario mural.

En marzo de 2012, participamos en la exposición fotográfica "Ojos que ven, corazón que siente," organizada por la Fundación, en la que una foto de gran tamaño de Mateo recorrió todo el país, promoviendo la inclusión, mediante la visibilidad.

Finalmente en 2016, con motivo del Día Internacional de las personas con Síndrome de Down, organicé una actividad recreativa y educativa abierta a la comunidad en la plaza de Coquimbo con el nombre de "Yo 21", cuyo foco central era fomentar la inclusión social.



*el propósito de mi vida cambió
y la inclusión se convirtió en mi batalla*



Es un regalo conocer a personas tan resilientes como lo es Adriana. Ella era auxiliar de servicio en otro jardín, pero se motivó a estudiar. El suicidio de una amiga la dejó en el suelo; sin embargo, su muerte le dio nuevos impulsos y terminó sus estudios. De repente una luz en su vida apareció, se le presentó la oportunidad de postular a un cupo en el jardín que dirijo. Lo que más me gustó de ella en la entrevista es lo honesta que fue, habló de sus esperanzas y equivocaciones, así que le dimos la posibilidad de integrar el equipo.



En reconocimiento a
Adriana Chiguay Barría
Jardín infantil Vientos del sur
Región de Magallanes



"Soy madre de 3 hijos, mi historia comienza cuando mi hija de 2 años fue al Jardín Pulgarcito de Chanco, desde ese minuto parte mi camino en Fundación Integra, donde primero fui apoderada y luego trabajadora. Gracias a todas las personas y mi familia que creyeron en mí y me abrieron las puertas para poder demostrar que yo sí podía lograrlo y a la Fundación que me dio la oportunidad de estudiar, con lo que durante todos estos años pude mantener a mi familia y entregar estudios a mis hijos".



Macarena Sanhueza Muñoz
Jardín infantil Los Ruiles de Chanco
Región del Maule



"Los 22 años ejerciendo en Fundación Integra, me han permitido un crecimiento y un desarrollo profesional y personal. Tengo la experiencia de haber trabajado en diferentes contextos, permitiéndome ejercer siempre mi profesión con el entusiasmo, la alegría y el positivismo que me caracterizan, entregando lo mejor de mí, porque lo hago con vocación. Es lo que me apasiona, siento que aún tengo muchas cosas por compartir, por entregar y aportar para una educación de calidad".



Yasna Ferreira Sanhueza
Jardín infantil Mágica estación
Región de Los Lagos



Ya han pasado más de tres años desde la llegada de la tía Fran. Ahora es educadora de planta en nuestro establecimiento y se ha ganado su lugar no solo como una excelente profesional y apoyo en las diversas labores educativas, sino que también como una mujer que ha luchado por salir adelante y buscar herramientas que le permitan entregar una mejor calidad de vida a su hijo, quien sufre de atrofia muscular espinal (AME) tipo 2, aunque esto significó tiempo y distanciamiento por 2 años con su progenitor.



En reconocimiento a
Francisca Ortiz Cartes
Jardín infantil Lobito marinero
Región de Los Lagos



"Soy parte de un gran equipo de trabajo, he adquirido aprendizajes significativos y relevantes para el desarrollo de mi liderazgo, con el fin de lograr ser cada día una mejor profesional para los niños, niñas y familias de nuestro norte grande, porque de eso se trata, y lo que me mueve desde siempre y todos los días. Recorro la pampa del Tamarugal y el borde costero, entregando una educación de calidad, aportando a que muchos más niños y niñas se desarrollen plenamente y se sientan felices, queridos y seguros".



Pamela Becerra Huerta
Jardín infantil Jardín sobre ruedas
Región de Tarapacá

2. Rompiendo el círculo de la violencia



La dominación física, la subordinación psicológica y moral del otro/a, considerando que la voluntad de la víctima es expropiada de su espacio y de su cuerpo, determina muchas veces que estas formas de violencia se consoliden y se normalicen por años; ante la silenciosa mirada pública y colectiva que las perpetúa pasivamente como cómplices. En las historias siguientes, observamos distintos tipos de violencia, como lo son el de tipo económico, psicológico, simbólica, sexual y física, las que comenzaron de manera incipiente y velada. Estos testimonios alientan a que se puede salir de ese círculo, con la ayuda necesaria, pero por sobre todo con valentía a prueba de todo. Se debe clarificar que todas las formas de violencia responden al orden del poder hegemónico, debido a que ésta opera como un dispositivo de control, además, es interseccional, es decir, tiene diferentes configuraciones en relación con la condición por la que cada persona sufre opresión u ostenta privilegio.



mi historia de sanación



Claudia Barrios Hidalgo
Oficina regional
RM Sur oriente

Mi relato se construye en etapas diferentes. A la primera, desde los 3 a los 9 años, la llamo "Fragmentando la inocencia". Soy la hija menor de la segunda familia oculta de mi padre, nadie sabía que éramos ilegítimas. Durante sus visitas parecía ser un padre cariñoso; sin embargo, cuando nos quedábamos solas con él, jugaba su siniestro juego de abuso sexual infantil. En ese tiempo no pensaba que era algo terrible o incorrecto, todo se vivía tan normal y natural que nunca sospeché nada. Meses antes de su fallecimiento, a los 9 años, sentí que algo se quebraba dentro de mí y tomé distancia de él y de mi hermana. Esto finalizó el día de su muerte.

La etapa que siguió, desde los 10 a los 20, fue "Mi temporada en el infierno". Un año después de la muerte de mi padre, mi hermana me reveló su historia oculta, lo que me hizo tomar conciencia de las muchas cosas que nos había hecho, yo también le conté mi verdad. Nuestra madre no solo no nos creyó, sino que nos instaló la "ley mordaza" ante el mundo. Desde ese día, nada volvió a ser como antes, mi hermana se rindió de inmediato ante nuestra "nueva normalidad" de maltratos físicos y psicológicos. Yo, en cambio, peleé por nuestra verdad, intenté contársela a otros adultos, pero primó la versión de mi madre y el tema no se tocó más. La adolescencia llegó acompañada de anorexia, bulimia y ganas de no vivir. Nunca quise tener un trastorno alimenticio, fue un último grito de auxilio para que quién fuera pudiese ver qué cosas anormales pasaban en mí vida y me ayudara. Afortunadamente,

cuando pesaba 38 kilos, con 16 años, la inspectora del colegio comenzó a indagar hasta que dio con la verdad y me llevaron a vivir con mis primas en el sur. Fue un período en una calma nerviosa, nunca tocamos el tema del abuso, sólo me amaron e intentaron ayudarme a sanar. De esta forma llegue hasta los 20 años, entre psicólogos y psiquiatras, subidas y bajadas abruptas de peso, sin poder verme como realmente era.

Entre los 20 y los 30 viví "Mis intentos de sanación". En ese tiempo trabajaba de asistente de un monje de Tantra. Estaba en plena recaída de la bulimia, ya siendo mamá de mi Maga. El monje, preocupado por mí, me derivó a varios contactos que hacían medicina complementaria, lo que marcó la diferencia y me hizo tener real interés en sanar. Recuerdo que, después de una de esas terapias, pude verme tal cual era, lo que no pasaba hace años y comprendí que necesitaba hacer algo por mí. Me negué a solo sobrevivir, quería vivir, poder sentir. Resultó muy difícil mirar mis heridas y resignificarlas, pero fui poco a poco.


Actualmente, estoy en la etapa de "Resignificación y crecimiento", que comencé a los 30 años. No siempre fue fácil, tuve una gran recaída de la que casi no salgo en 2017 y creí que tendría que comenzar otro proceso de reparación, pero no fue así: ya contaba con las herramientas para salir adelante. En ese período paralelo, **el amor de los niños y niñas en los jardines infantiles me ayudaron a sobrellevar ese dolor,** y la llegada de Alejandro

y Trinidad a nuestras vidas hicieron una diferencia. Aprendimos a apoyarnos y contenernos desde nuestros saberes como familia, a que, aceptar, perdonar, amar y soltar resulta sanador. A su vez, la interacción con otras mujeres que estuvieron rotas por la misma herida me hizo aprender que **cuando una mujer cuenta un relato, otra comparte el suyo generando una silenciosa conexión.** Aprendí que, en conjunto, nos vamos sanando entre todos y todas, pero que aun así cada persona es la única responsable de su proceso de sanación y que, al hacerlo, nos vamos transformando en las adultas que necesitamos de niñas. No puedo decir que estoy 100% sana, porque aún existen algunos días en que debo vivir en mi modo "efectos secundarios del abuso", pero sí puedo decir que he avanzado increíblemente. Me siento feliz la mayor parte del tiempo, en paz y cada día es una bendición poder recorrer mi camino junto a mi familia y las personas que me aman.



aceptar. perdonar. amar y soltar resulta sanador

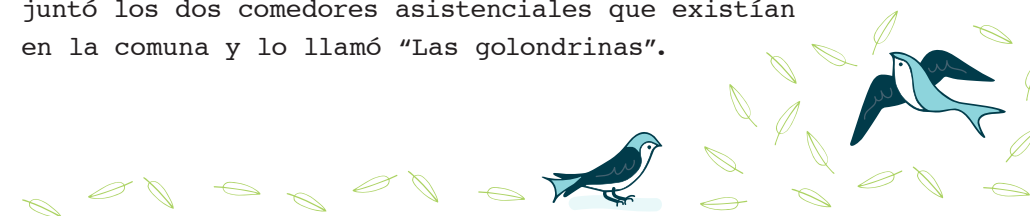
sobreponerse a la adversidad

 **María Alicia Cárcamo Quintul**
Jardín infantil Roja flor
Región de Los Ríos

Comencé a trabajar el año 1982 en la comuna de Entre Lagos, Puyehue, Región de los Lagos. En aquel tiempo, el país estaba en una situación muy complicada, con carencias de vivienda, trabajo y salud. El Gobierno creó un plan, llamado Empleo Mínimo, para ayudar económicamente a las familias que se encontraban en situación de extrema pobreza. También se formaron comedores abiertos para que los niños tuvieran un lugar donde recibir alimentación y recrearse.

Para esto, se implementó una casa que pertenecía al ferrocarril, con bancas largas y mesones apoyados sobre caballetes. Fueron los primeros muebles para poder atender a los pequeños. Trabajábamos seis personas: dos manipuladoras, tres tías y una técnico en párvulos, la que estaba a cargo del establecimiento. Nuestra remuneración era mínima y debíamos turnarnos para limpiar los baños y las salas. Todo era precario y sin protección. Para la alimentación, las señoras de los agricultores nos donaban frutas y verduras, y también llegaban donaciones extranjeras.

La autoridad de la comuna de la época se dio cuenta de que no podíamos seguir atendiendo a los niños en tales condiciones y mandó a construir un jardín infantil con dependencias más amplias y cómodas, tanto para el personal, como para los niños. A la vez, juntó los dos comedores asistenciales que existían en la comuna y lo llamó "Las golondrinas".



Cuando se produjo el cambio de gobierno en 1990, surgió una gran esperanza para nosotros y los niños. La Primera Dama reconoció y valoró el trabajo que realizábamos y formó Fundación Integra. Desde ese momento, tuvimos contrato, derecho a la salud, cotizaciones y vacaciones.

Tiempo después, me separé, ya que por años había sufrido violencia intrafamiliar y no quería esa vida para mi hijo.

En 1996, llegué a Río Bueno, con mi hijo de 7 años y mi pareja, que hoy es mi marido, trabajando siempre en la misma institución y comenzando una nueva vida.

En 2006, mi hijo, que estaba terminado 4° Medio en Osorno, sufrió una hemorragia cerebral, lo que lo mantuvo por mucho tiempo en coma, con poca posibilidad de vida. No tuve tiempo para llorar, tenía que salvarlo. A fines de diciembre, lo enviaron a la casa con una traqueotomía, gastrostomía y postrado, con un pésimo pronóstico. Siempre le pedí a Dios que me diera fuerza y sabiduría para poder sacarlo adelante.

Su recuperación ha sido un largo proceso, ayudada siempre por mi marido, que ha sido un gran pilar en este andar. Mi hijo quedó con secuelas, pero, gracias a Dios, está con vida. Tuve el apoyo incondicional de mis colegas de Río Bueno y Entre Lagos, siempre estaré agradecida.

tuve el apoyo incondicional de mis colegas

En todo momento tuve la intención de relatar los inicios del Centro Abierto, en el que me inicié y cómo fue progresando con el tiempo. Hasta llegar a lo que hoy es Fundación Integra y su red de Jardines infantiles. Muchas de mis colegas ya se han acogido a jubilación. En cada una de ellas se quedó una gran historia, muchas veces sin horario para terminar la jornada, sin leyes cuando nos tocó ser madres, sin licencias si estábamos enfermas, teníamos que gestionar recursos contra la adversidad, muchas veces no tuvimos directora, pero sacamos adelante nuestro jardín.

Me siento orgullosa y agradecida del trabajo que realizo, porque **me pude formar como persona, conociendo diferentes realidades y aprendiendo de ellas.** También agradecida de esta institución que me dio la oportunidad de sacar una carrera, que me consolidó aún más en mi trabajo y sobreponerme a lo que me tocó vivir.

Hoy me siento orgullosa de ser parte de la historia, de los comienzos de Integra.





volver a quererse



María Angélica Cornejo Rojas
Jardín infantil Amanecer
Región de O'Higgins

Tengo 25 años de experiencia laboral como directora del jardín infantil y sala cuna Amanecer. Amo mi trabajo, me gusta liderar al equipo. El jardín es mi casa y esos 94 niños y niñas son mi familia, pero tengo una historia de 17 años de violencia intrafamiliar que quiero compartir, porque puede servir de apoyo a otras mujeres.

Me enamoré de un hombre lleno de detalles que me deslumbraron, aunque mi familia nunca estuvo de acuerdo, porque era separado. Pero me embaracé de mi hija y empecé a sufrir todo tipo de violencias, partiendo por la psicológica: control de horarios, amistades, vestimenta y constantes descalificaciones. Me quedé en silencio, porque sentía que, de alguna forma, era mi culpa. Me sentía atrapada como en una cárcel, sin posibilidades de salir. Me fui aislando de mis amistades, ya que cualquier cosa era un pretexto para recibir infidelidades, descalificaciones, insultos, golpes y todo tipo de violencia, la que cada vez era peor.

Un par de veces hice las denuncias correspondientes, pero como es un pueblo chico y mi pareja tenía un cargo importante, no quedaban en nada. Llegó a estar detenido un par de veces; sin embargo, pronto salía libre, pedía perdón, prometía nunca más volver a dañarme, me llenaba de regalos, pero volvía a violentarme.

Cada vez, las palizas eran más graves. Mi familia se daba cuenta, pero no me decían nada y yo tampoco tocaba el tema. Estaba sumida en la pena y el dolor tan profundamente, que no podía ni hablar.

Siempre escondía las marcas, no tenía red de apoyo, me aislaba y no conversaba con nadie. Solo podía vivir una pequeña normalidad cuando estaba en el jardín con mis compañeras de trabajo y con los niños y niñas. En ellos volcaba todo el amor que tenía para dar y recibir, era mi pequeño salvavidas, mi momento de paz. Dentro de casa, las cosas eran una pesadilla, volaban los platos con comida, acompañados de descalificaciones y abusos permanentes. El peor día fue cuando me llevó a unos roqueríos lejanos y me golpeó tanto que pensé que sería mi fin.

Sobreviví a todos esos años ocultando la violencia, dedicándome al trabajo, como forma de evadir el dolor. Estudiaba todo lo que la institución me daba como posibilidad, siempre ganaba los premios de mejor equipo; también, destacaba como mejor educadora. Eran esas instancias donde me sentía reconocida, respetada y validada.

Desarrollé un sello en mi equipo, que hasta hoy permanece, que es la educación emocional, convivencia y buen trato como ejes de mi gestión. Una ironía de la vida, justo lo contrario de mi vida privada, como buscando un equilibrio o una misión para sobrevivir.

Un día, mientras estaba de vacaciones, tomé un masaje para mis permanentes dolores de cuello (causados por la violencia a que estuve expuesta por años). El terapeuta de Reiki no solo trabajó en mi dolor físico, sino que liberó la pena que había acumulado por años y lloré tanto como nunca lo había hecho.

Así empezó el camino interno de reencontrarme para empezar a entender la gravedad de su situación y lo urgente que era tomar una decisión. El 12 de marzo de 2008, con apenas 48 kilos, evidentemente desgastada por la vida que llevaba, tomé la decisión de separarme y me fui de la casa, con mi hija, para siempre.

Lo hice sin mirar atrás y nunca más volví. Me enfrenté a infinidad de miedos, presiones y también problemas económicos, y la constante persecución de mi expareja. Pedí ayuda psicológica y uno de mis aprendizajes fue que había "normalizado la violencia", por eso me costó tantos años salir.

Aún tengo dolores que reparar, y sigo trabajando con diferentes terapias, las que me han permitido ir avanzando en encontrar mi centro y equilibrio, internalizando la importancia de que todas las personas merecen respeto. Aprendí a quererme, sin juzgar a mi familia.



aprendí a quererme



*después de la
tormenta,
siempre sale el sol*



Ruth Angulo Poblete
Jardín infantil Nubeluz
Región de Los Lagos

Mi historia comienza hace doce años, cuando mi hija mayor tenía 15. Ella estudiaba en un prestigioso Liceo de Osorno; sin embargo, fue abusada sexualmente por un profesor de 53 años y quedó embarazada. El llanto y la incredulidad se apoderaron de mí y sentí el dolor en mi vientre. Tenía rabia y no entendía cómo un profesor al que le entregué lo más valioso que yo tenía y que poseía la responsabilidad de forjar su futuro, le robó su inocencia y apagó su brillar.

Cuando mi hija me relató lo sucedido, supe de inmediato lo que era mi deber hacer y realicé la denuncia en la Policía de Investigaciones. El proceso fue muy largo, agotador para toda mi familia. Fueron dos años de preparación, relatos, de revictimización para mi hija. Yo era su pilar, que no debía doblarse, conteniendo sus dolores, sus llantos, protegerla de los prejuicios de la sociedad. Me fortalecía gracias a mi hermoso trabajo que era, y es, como una terapia que me ayuda a olvidar, gracias a los niños y niñas que con una sonrisa, un abrazo de amor puro y verdadero me daban fuerzas para seguir adelante, al igual que el apoyo incondicional de mi directora, mi tía Ingrid.



En julio de 2009 nació mi nietecito, mi angelito, el que me hizo abuela joven y lo recibimos y esperamos con alegría, amor y bondad. Todo parecía estar en calma, pero otro dolor apareció. Al año y ocho meses mi nietecito enfermó, tras exámenes, fue diagnosticado con una enfermedad renal (síndrome nefrótico), que requería hospitalización por unos días. Se recuperaba y, después de unos meses, recaía nuevamente. Otra vez la contención para mi hija, pero mi esposo y mi equipo de trabajo me contenían a mí.

Llegó el día del juicio oral. Declaró mi hija, mi esposo, yo y muchos testigos, siendo extenuante y agotador. Mis compañeras estuvieron siempre conmigo. Gracias a Dios, se hizo justicia, el profesor fue declarado culpable y condenado a cinco años y un día de cárcel.

Pero la historia no terminó ahí. Cuando un niño, niña, adolescente son abusados, se sienten sucios, su culpa nunca termina, ese dolor los acompañará siempre; el daño psicológico, social, los prejuicios, no se olvidan. Eso le pasó a mi hija: un día la encontré en el suelo convulsionando, se había intentado quitar la vida. No tenía tiempo de cuestionarme y llorar, solo actuar. Ella ingresó al hospital en estado de coma, inconsciente; el pronóstico no fue favorable, si se lograba salvar, quedaría con daño neurológico. Sentí que se me abría el piso y caía, ya no daba más con tanto dolor. Fue entonces que con una fe tan grande en Dios, me puse de rodillas y le entregué a mi hija. Llamé a mi directora y ella y mis compañeras hicieron una cadena de oración.

Mi hija, después de un día, volvió a la vida, sana y sin secuela neurológica.

Yo sé que mi hija nunca olvidará, pero tanto ella como mi esposo, mi hija menor y yo **hemos aprendido a vivir con ese dolor.**

Hoy puedo afirmar que somos felices, volviendo a sonreír. Después de la tormenta salió el sol, mi hija y mi nieto son madre e hijo, se aman y saldrán adelante, derrumbando barreras, hasta que no quede ninguna. Ella está en su último año en la Universidad de Los Lagos, en Osorno. Mi nietecito tiene once años y sigue controlándose por su enfermedad renal y es un niño feliz. Yo sigo sonriendo después de todo lo que me ha tocado vivir. **Me considero fuerte, luchadora, perseverante y agradecida de tener el hermoso trabajo que me llena por completo.**



somos felices. volviendo a sonreir



A black and white portrait of a young woman with long dark hair, looking directly at the camera with a slight smile. She is wearing a dark top and a small earring.

sobreponerse a la adversidad



María Cecilia Barletta León
Jardín infantil Millapel
Región de Coquimbo

Desde pequeña me enseñaron que mi futuro dependía de casarme con un buen hombre para salir de mi casa y formar una familia. Ese era el mandato predestinado.

Quedé embarazada a los 17 años, pero la relación no perduró, tal vez por la inmadurez de ambos. Él se fue de la ciudad, desentendiéndose de mí y de la hija que venía en camino. Mis padres me dijeron que tenía que buscarme la vida y hacer frente a mi embarazo como pudiera, pero fuera de la casa. Les rogué que me dejaran quedar, pero no hubo caso. Fue una experiencia muy dura de abandono y soledad.

Sin embargo, la vida también me regaló gente buena en el camino que me apoyó y me dio posibilidades de salir adelante. Recuerdo, especialmente, a la bisabuela de mi expareja, que me acogió en su casa y me apoyó para poder terminar la enseñanza media. Pasaba el día cuidando a mi hija y en la noche salía a estudiar. En la escuela conocí a una amiga que me ofreció mi primer trabajo, en limpieza y cuidado de niños en casas particulares. Me trataron muy bien, porque podía ir con mi hija los fines de semana o cuando no la podía llevar al jardín, el mismo donde hoy trabajo.

Este lugar fue un gran apoyo en ese tiempo, las tías del jardín eran un soporte emocional desde la empatía. Me regalaban ropa para mi hija y me consiguieron trabajos temporales; además de la paciencia y comprensión que mostraban cuando no llegaba a la hora. Se transformaron en una red de apoyo. Con el tiempo, me

ofrecieron un reemplazo para hacer aseo en el jardín y me di cuenta de que mi sueño era trabajar con ellas, con los niños y niñas, **empecé a soñar con ser técnica parvularia.**

Luego, conocí a un hombre que me enamoró con sus detalles y compartimos entretenidas salidas y viajes. Era una experiencia que no había tenido, estaba contenta y pronto me invitó a vivir con él y su hija. Arrendamos una pieza y armamos una nueva vida. Quedé embarazada nuevamente y todo cambió. Él empezó a ser muy agresivo, a salir solo sin considerarme; llegaba de día, dormía y luego volvía a salir de noche. Muchas veces regresaba alcoholizado, yo le reclamaba y solo lograba malos tratos, empujones y golpes.

Cada vez los días eran peores, mi hija y yo pasábamos el día encerradas en la pieza, a veces, sin tener qué comer. Me controlaba y no me dejaba visitar a mis amigas. También me negó la posibilidad de seguir trabajando. Pasamos muchas necesidades y, además del embarazo, cargaba con la vergüenza de otro nuevo y peor fracaso, por lo que no me atrevía a contar lo que estaba viviendo a mi familia.

Así pasaron casi dos años, hasta que una de mis hermanas se dio cuenta, me vio muy mal, mi autoestima estaba por el suelo, me había dejado estar en todos los sentidos. Mi única meta del día era darles almuerzo a mis hijas todos los días.

Finalmente lograron convencer a mis padres de recibirme de vuelta. Salí arrancando a escondidas de la pieza e interpuse las demandas correspondientes contra mi ex. Cuando él se dio cuenta, fue a buscarme con amenazas y escándalos. Muchas veces tenía miedo de salir de la casa, pues me seguía y amenazaba. Mis compañeras me acompañaban para que lograra llegar. Sin embargo, tuve el apoyo de mi familia para estudiar mi carrera soñada y me titulé. Luego postulé a un subsidio y hoy tengo mi propia casa, que comparto con mis hijas. **Logré mi sueño de ser una más de las tías de ese jardín que tanto me ayudó.**

Comencé haciendo reemplazos y actualmente llevo dos años trabajando en el jardín infantil Millapel. Tengo un trabajo estable en el área que tanto quería. Vivo feliz con mis dos niñitas, sin golpes ni gritos.

Me amo y respeto, me siento una mujer increíble. La clave es quererse, reírse, ser alegre, saber elegir una pareja que una merezca, no aceptar ningún maltrato, sentirse libre, amada, y respetada.



*la clave es quererse. sentirse libre.
amada. y respetada*





*fuerza
de mujeres*



Pamela Cortés Robles
Jardín infantil Semillitas
Región de Coquimbo

Soy asistente de párvulos de Fundación Integra hace 18 años. Comencé haciendo aseo en el jardín Palomita blanca de Caldera y luego me dieron la posibilidad de ocupar mi actual cargo, lo que me hace muy feliz. **Sueño con seguir estudiando para ser educadora.**

Me casé y tuve dos hijos. Todo iba bien en mi matrimonio hasta que diagnosticaron al segundo de mis hijos con autismo. Desde ese momento las cosas cambiaron radicalmente, mi marido comenzó a abusar del alcohol y su trato hacia mí se hizo cada vez más violento. Pienso que no supo canalizar su frustración, pero tampoco quiso acudir a ningún tipo de ayuda especializada. Insistí en que ambos necesitábamos un tratamiento psicológico, pero me respondió que no era necesario y que la única loca era yo.

Volqué toda mi angustia en el trabajo. Dar cariño a las niñas y niños del jardín me hacía sentir mejor y lograba ser feliz, además de sentirme valorada, protegida y querida por todo el equipo. El problema era cuando llegaba a mi casa, me sentía ignorada, humillada, sufría maltrato físico y psicológico, me controlaba hasta mis ingresos, no tenía acceso ni a mi propia tarjeta del banco. Todo era peor cuando se alcoholizaba, me instaba a dejar de trabajar para que me dedicara únicamente a mi hijo menor.

Finalmente, en 2018, cuando me impidió ir a trabajar por dos días, el equipo del jardín intervino. Me ayudaron a trasladarme a una casa de acogida temporal del Sernam para mujeres e hijos que se encuentran en situación de riesgo grave y/o vital de violencia, por parte de sus parejas o exparejas.

Ahí me apoyaron psicológica y legalmente. Lo primero que entendí fue que mi autoestima estaba muy baja, por lo que no me daba cuenta de que no me merecía ese trato y que todo ese tiempo había normalizado la violencia, llegando a justificar y, en ocasiones, hasta a responsabilizarme de lo que sufría. Pensaba que todo lo hacía mal, me cuestionaba como madre, esposa, y trabajadora. **Luego, entendí que no era mi culpa.**

Mi familia también estuvo muy presente, dándome ánimo y acompañándome en todo momento; además del equipo del jardín que fue una red de apoyo fundamental para que hoy esté libre de violencia y pueda salir adelante. Incluso, en la casa de acogida me pidieron que fuera monitora para apoyar a otras mujeres, lo que me llena de orgullo y espero concretar pronto.

Para mí, es fundamental que las mujeres comprendamos que somos valiosas agentes de cambio y que merecemos el máximo de los respetos. Que nos atrevemos a denunciar, porque nuestras vidas corren peligro, **el femicidio debe parar ya.**

En la casa de acogida conocí a muchas mujeres que vuelven con su agresor. Hay muchos motivos, pero uno de los principales es que no pueden quedarse allí por tiempo y recursos y, si las víctimas no tienen redes de apoyo, no ven alternativas; además no poseen independencia económica.

A mí me consiguieron un traslado al jardín Semillita de Ovalle,

para que pudiera empezar nuevamente, más tranquila y sin el acecho constante de mi exmarido, quien, hasta el día de hoy, no reconoce ni la violencia, ni la necesidad de apoyo. Actualmente estoy en trámite de divorcio, aferrada a sacar adelante a mis hijos, con el apoyo de mi familia y de mis colegas.

Reflexionando, mi exmarido vivió la violencia desde niño, viendo como su padre violentaba a su madre y esos patrones, generalmente, quedan grabados y si no se tratan, es muy posible que aparezcan en algún momento de la adultez. Por eso hay que tener especial cuidado con el trato de la primera infancia.

Las mujeres somos valiosas y no nos merecemos ningún maltrato. Somos una fuerza enorme. Tras años de violencia física, psicológica y económica, hoy puedo decir que tengo tranquilidad en el alma y estoy inmensamente feliz. En este proceso quiero aprovechar la oportunidad de agradecer a quienes fueron fundamentales para poder surgir y salir adelante, como lo son la directora de mí jardín Eugenia, mi colega Patricia y a nuestra directora regional quien siempre ha estado presente.



*Las mujeres somos valiosas y
no nos merecemos ningún maltrato*





*estudiar y
quererse a sí misma*



Aracely Peñailillo Miranda
Jardín infantil Rinconcito
Región de Coquimbo

Soy de la Región de Coquimbo, la del medio de tres hermanos. Quiero destacar a mi madre, Paola, como referente de vida. Estoy convencida de que su historia vale la pena, porque **su testimonio demuestra que es posible salir adelante y es un ejemplo de fortaleza y valentía.** Siento admiración y respeto por ella, complicidad y emoción por nuestra vida compartida.

Mi madre comenzó haciendo costuras, pan amasado y limpieza en casas particulares. Luego, regularizó sus estudios mientras ingresaba a Integra, así comenzó su carrera.

Debido a sus escasos recursos y una vida de mucho esfuerzo familiar, se casó a los 18 años, sin terminar cuarto medio, y nos tuvo a nosotros tres.

Su vida de pareja fue muy compleja, vivió todo tipo de violencia, ella y nosotros, que normalizaba sin darse cuenta, hasta que recibió una invitación para asistir a una capacitación sobre violencia intrafamiliar. En ese momento entendió que era una víctima.

Fue desgarrador para ella, pues empezó a cuestionarse a sí misma por qué lo permitía. Así fue como comenzó su camino de empoderamiento, con apoyo de la directora del jardín donde hasta hoy trabaja y de nosotros, sus hijos.

Con su primer sueldo, nos llevó al cine por primera vez y lo disfrutamos muchísimo. Esa salida fue tan significativa que la hizo trabajar por lo que quería, estar feliz con nosotros, darnos lo



mejor que podía y la posibilidad de estudiar, con fe en que esa era la única manera de asegurarnos un futuro libre de violencia y de vulneración.

Mi madre esperó a que creciéramos un poco para poder retomar su educación. Cuenta que tenía un sueño recurrente, se veía en una sala de clases como profesora. Era un sueño vívido que siente que fue un mensaje que le salvó la vida no solo a ella, sino a nosotros.

Conoció a Integra en su población, fue a dejar documentos porque le ofrecían nivelar estudios para sacar cuarto medio. Estudiaba en la nocturna. Cuando nosotros empezamos a ir al colegio, se inscribió en el programa "Crecer más" de Integra, para técnico en Educación Parvularia.

Era auxiliar de aseo en la fundación y fue con su mismo delantal celeste a dar su examen a Viña del Mar. Era la primera vez de salir de su ciudad. Le fue muy bien y, como recién se había abierto la sala cuna en el jardín en que trabajaba, logró un cupo de "tía de aula", después de una excelente evaluación. Hoy lleva 16 años ahí.

Su jefa se dio cuenta que vivía violencia y que la había normalizado. Empezó a recibir ayuda y se logró separar con

dar nos la posibilidad de estudiar era la única manera de asegurarnos un futuro



orden de alejamiento, aunque tuvo muchos episodios de violencia y persecución. Por fin logró estar en paz, tiene su casa propia, en la que vivimos felices, con cariño y respeto, disfrutamos de nuestros logros y somos muy unidos.

Yo, al terminar la carrera de técnica en administración, logré entrar al jardín Rinconcito, en Pan de Azúcar, donde me desempeño como asistente administrativa, gracias a que mi mamá me incentivó.

Gracias a ella, soy la mujer que soy ahora, trabajando para la misma institución. Llevo siete años y he visto cómo entrega oportunidades de superación tanto personal, como emocional. Gracias a ella es que mi vida hoy es tranquila y con un sin fin de oportunidades. De ella aprendí a que no tengo limitaciones, que puedo ser mejor. Todo es gracias a mi mamá, y quiero ser como ella, una madre desde el corazón, que no tiene límites.

Tengo una mamá valiente, que nunca se quejó ni se echó a morir, siempre salió adelante y nos enseñó a respetar a mi papá, a pesar de todo lo que vivió. Nos enseñó a ser tan valientes, que somos capaces de perdonarlo.

Mi madre declara sentirse plena, quiere seguir perfeccionándose, le gusta estudiar, terminar Educación Parvularia. Todas tenemos oportunidades, el estudio es la mejor arma, junto con quererse a sí misma, con eso podemos lograr todo.



*se puede poner fin
a la violencia*



Susana Orellana González
Jardín infantil Chiapas sur
Región de Tarapacá

Mi nombre es Susana. Tengo 43 años, y entré a Fundación Sala cuna y jardín infantil Integra el año 2015 para hacer mi práctica profesional en el jardín infantil y sala cuna Los pioneros de Alto Hospicio, donde había sido apoderada. Después empecé a hacer reemplazos en la jornada completa y a participar en diversas capacitaciones, en las que no solo se preocupan del ámbito del trabajo, sino que también del bienestar de la trabajadora. Aprendí que yo era importante como persona, que era valiosa, pues me sentía muy afligida, porque en ese tiempo tenía problemas de violencia verbal en mi matrimonio.

El año siguiente, fui al jardín infantil Chiapas sur de Alto Hospicio, donde continuaron las capacitaciones. Una muy especial fue la de Prodemu, porque después de ella, la visión que yo tenía de mí cambió. No era yo la única, no era la culpable, pero sí la responsable de dar un buen ejemplo, principalmente a mis hijos.

El año 2018 terminó mi matrimonio. Ya había violencia física hacia mí, pero lo peor fue cuando mi exesposo agredió a nuestra hija mayor. Traté muchos años de que cambiara la relación, pero no se pudo. Aguanté que me pasara a



llevar, mi opinión no importaba, no podía gastar mi sueldo, no me dejaba llegar a tiempo a mi trabajo, no me dejaba salir con mi uniforme azul, porque, según él, lo avergonzaba. Terminé con 17 años de matrimonio, con tres hijos y todavía haciendo reemplazos en Integra.

Pero aprendí que YO era importante, que mi trabajo era valorado. Era gratificante cuando la directora me decía "¡Qué lindo, tía!" o "¡Qué bien lo hizo!".

Después de muchos reemplazos y jardines estacionales, se dio un cupo en extensión horaria del jardín Chiapas sur, postulé y quedé. Mi vida y la de mis hijos cambió. Estamos tranquilos. Siempre he tenido el apoyo de mis compañeras y de mi directora, me siento en familia en mi jardín.

Cuesta mucho dejar esos episodios de violencia atrás, superarlos y, aunque no se olvidan, solo se guardan en una cajita que cada vez es más pequeña.

Amo mi trabajo, soy una afortunada de trabajar feliz, las lecciones que me ha dado la vida me han enseñado que cada día hay que disfrutarlo, reír y luchar por ser feliz.

Estoy agradecida de la vida y de las personas que se cruzaron en mi camino.



Las lecciones que me ha dado la vida me han enseñado que cada día hay que disfrutarlo. reír y luchar por ser feliz



"Me costó 25 años de matrimonio darme cuenta que normalicé una situación que no lo era... Con el apoyo de mis 2 hijos varones y de la fundación logré salir adelante de la difícil y dolorosa violencia intrafamiliar que llevaba silente. Los invito a reflexionar sobre el inmenso poder que tenemos las mujeres, madres, hermanas, amigas y compañeras para reinventarnos una y otra vez. Aprendí que nunca estamos solas y que se puede salir adelante, sea así la situación más adversa que una pueda imaginar".



Bessie Maldonado Gómez
Oficina regional
Región de Valparaíso

3. inclusión; la legítima diversidad



Las personas enfrentan dificultades a diario, algunas se acentúan debido a enfermedades o accidentes que ponen más obstáculos de los previstos. Sin embargo, a cualquier obstáculo debe imponerse la dignidad de trato y de oportunidades. La inclusión no solo apunta al derecho de la diversidad como vivencia legítima, sino que a valorar esa diferencia entendiendo que lo normal es que todas las personas sean diferentes, en una gran variedad de formas y de múltiples características individuales que hacen a las personas únicas, sin hacer distinciones, la inclusión propone celebrar la diversidad promoviendo un trato digno y equitativo, minimizando las barreras sin importar de qué índole sean. En las siguientes historias veremos cómo estas barreras se convierten en puentes, estas mujeres no se dejaron vencer y siguen adelante, felices, trabajando, viviendo rodeadas del amor de su familia, sus equipos de trabajo y los niños y niñas a los que tanto quieren.



viendo a través de los niños y niñas



Alejandra Esquivel Esquivel
Jardín Infantil Yungay
RM Sur Oriente

Soy Alejandra, hija de madre soltera, de dos hijos, soy la menor de ellos. Mi mamá era alcohólica y nunca lo pudo superar. Mi vida estuvo marcada por la violencia y el abuso. Vivía en un campamento, muchas veces pasamos necesidades pero en mi mente de niña, sentía que era afortunada, porque podía ir a los basurales a sacar ropa, zapatos, juguetes y todo lo que necesitaba. A pesar de esta vida precaria, nuestra madre nunca nos abandonó.

Un tiempo especialmente oscuro fue cuando se acentuó su alcoholismo, se dejaba abusar para poder acceder a su adicción. A veces se perdía y yo salía en su búsqueda, en eso muchas veces fui también víctima de esos abusos. Para sobrevivir madure a temprana edad y para soportar esas penas, sentía que tenía separada el alma del cuerpo.

Mis primeros años de escuela también fueron difíciles, yo era zurda y la profesora me amarraba la mano para que escribiera con la derecha. Tenía problemas a la vista y me castigaban, porque creían que no quería leer por flojera. Me hicieron repetir tres veces, hasta que me echaron del colegio por mi agresividad. Me mandaron a un colegio para discapacitados mentales, donde me examinaron y se dieron cuenta que no tenía nada y me enviaron a otra escuela.

Me encontré con una profesora que se me acercó con respeto y cariño, algo extraño para mí. Ella me iba a buscar cuando faltaba a clases y me alejó de lo malo. Me dijo que era inteligente y me

preguntó qué quería ser cuando grande, recién ahí pensé que estudiar era una posibilidad para mí y soñé con ser como esta profesora, o una asistente social o educadora de párvulos. Con el tiempo, me fui a vivir con ella, quien me trató como una hija, esa familia me ayudó a sanar en parte mi rabia, logró que mi agresividad disminuyera.

Mi vista iba empeorando, pero lo ocultaba para que no me molestaran. Mientras la vista se iba, el oído se agudizaba y armaba estrategias para poder estudiar. Padecí de bulimia y anorexia.

Trabajé un tiempo en una Sala Cuna y luego se me presentó una oportunidad en uno de los jardines infantiles de Integra. Al principio fue difícil, ya que algunas compañeras me hicieron bullying, me ponían sobrenombres, estaba muy sola, y solo me dedicaba a jugar con las niñas y los niños; luego, cuando mis actuales colegas entendieron que tengo discapacidad visual, cambiaron sus actitudes. He desarrollado otros sentidos para no dejar de trabajar, porque amo mi trabajo, es mi vida, y los niños y niñas son mis ojos.

Pese a mis escasos recursos y mi vulnerabilidad, he tenido satisfacciones, por cada tiempo de pena que padecí se recompensaba con la alegría de conocer una ciudad en compañía de una amiga y pude recorrer Chile y otros países.



Fundación Integra me dio la posibilidad de estudiar, pese a mis problemas visuales que por muchos años oculté por miedo a perder mi trabajo, ahora soy Técnico en Párvulos, mi vida mejoró con el estudio y mi trabajo en Integra.

Hago las experiencias educativas con los niños, me aferré al yoga como un instrumento para conectar a los niños con otras formas de sentir, actualmente estoy haciendo también el taller de huerto.

Pese a mi desconfianza hacia las personas, me costó mucho aceptar la propuesta que me hicieron desde Integra; hacer los trámites de discapacidad, eso implicaba tomar conciencia de mi problema y hacerlo público, pero gracias al apoyo de muchas personas, como mis terapeutas del COSAM, mi Directora y los profesionales de la Fundación, superé el miedo y comencé a avanzar. Hoy me hago cargo de mi madre que padece demencia senil y está postrada no le guardo ningún rencor, hizo lo que pudo con las herramientas que tenía, la voy a cuidar siempre.

Saco mi energía del amor de las niñas y niños que me alegran la vida; y de mi FE que ha sido mi bastón. La vida vale la pena y ayudando a otras personas que pasaron por situaciones similares a la mía, le encuentro el sentido a vivirla y disfrutarla como lo hago hoy. He salido de la oscuridad a la luz.





*siempre vale
la pena vivir*



Rosa González Zamorano
Jardín Infantil Capullito
Región de Los Lagos

He tenido una vida compleja. Mi primer marido se suicidó a los 35 años y quedé sola con dos hijos pequeños. Con el tiempo, conocí a mi segundo esposo, con quien tuve otro hijo, que hoy tiene 29 años. A pesar de que era un buen hombre y padre, tiene un gran defecto: la debilidad por las mujeres, pero me convencí de que si no lo veía, no me afectaría.

A los 60 años, empecé a sentir molestias en el brazo derecho. Visité diversos especialistas, los que me dieron calmantes y tratamientos que no me hicieron efecto. El brazo se me empezó a hinchar y a cambiar de color, hasta que sentí un fuerte dolor, como si me quemara por dentro. Recurrí a urgencias, pensando que era un problema al corazón. Ahí me dieron un diagnóstico certero, era un sarcoma invasivo avanzado. Me derivaron a Valdivia y luego a Santiago, pero como en el hospital no había cupo para los exámenes necesarios, junto a mis hijos, decidí ir a la FALP. El médico tratante me dio la noticia de que el brazo debía ser amputado lo antes posible, porque de lo contrario, podría morir en tres meses.

No quería operarme, pues me preocupaba el tema de los gastos para el tratamiento, la incapacidad de vivir sin el brazo derecho a mi edad, lo muy difícil que sería volverme autovalente; además, tendría que depender de mi hija y el dolor de que ella dejara sus estudios, en esa época cursaba cuarto año de Leyes, era tremendo.

Junté a mis hijos y les dije: “Yo ya viví, les di las herramientas para que tengan un futuro, déjenme que sea lo que tenga que ser”. Ellos no aceptaron mi decisión, mi hija dejó la carrera para cuidarme y me instó a que me refugiara en mi fe para salir adelante. Pero tomé la decisión muy tarde, el sarcoma había avanzado y debieron amputarme el brazo casi por completo.

Al principio fue muy difícil acostumbrarme a hacer las cosas, dependía completamente de mi hija. De a poco fui aprendiendo a vestirme, bañarme, cosas que muchas veces hacemos automáticamente y no valoramos hasta que perdemos esas funciones.

Muchas veces me hundí en la pena y la desesperación, especialmente cuando supe que mi marido nunca estuvo presente y que, además, me estaba pidiendo el divorcio, trámite que se concretó cuando volví a Puerto Montt. Él fue a firmar acompañado de su nueva pareja. Se sumaba otro dolor difícil de enfrentar.

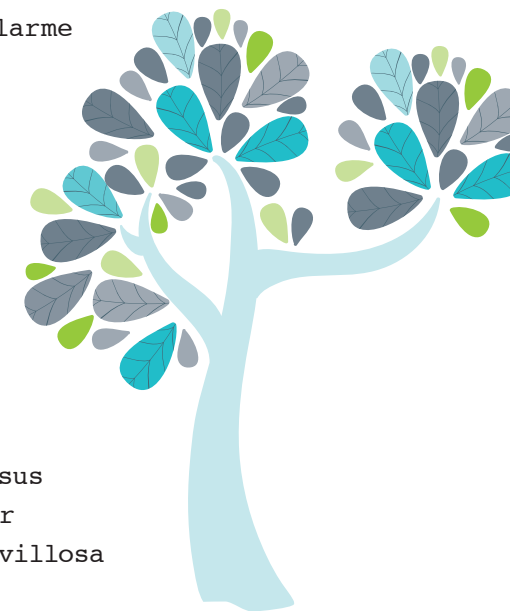
En un momento pensé en dos alternativas, me hundía en la amargura o elegía vivir rodeada de ese amor infinito que sentía a diario, como el de mi hija y el de mis colegas que se hacían presente de distintas formas con tanto cariño.

Luego del periodo de recuperación en Santiago, quise volver a Puerto Montt, a mi casa y mi nueva vida; a mi iglesia y mi jardín, que es también mi familia. La Fundación me permitió cambiar mis funciones a administrativas para apoyar mi nueva movilidad.

Aprendí computación y, así, cada día sigue siendo un logro para mí. Mis pies y mis rodillas son hoy mis manos y cada día me pongo nuevas metas.

La vida me dio otra oportunidad, es como nacer de nuevo: Mirar un árbol, maravillarme con la naturaleza, son cosas que antes no veía. Es una nueva oportunidad para quererse, aprendí a sostenerme y a levantarme, porque quiero estar bien y eso lo decidí. Mis compañeras me llenan todos los días con su cariño, almuerzo con ellas y eso es un regalo, el compartir es maravilloso.

Ojalá mi historia le puede servir a alguien, sobre todo a las mujeres, para quererse tal cual son, no desperdiciar sus tiempos y valorar la vida. Podemos tener problemas y penas, pero la vida es maravillosa y siempre vale la pena vivirla.



quiero estar bien y eso lo decidí



*¡qué valga
la pena!*



Jocelyn Muñoz Gaete
Jardín Infantil Andalué
Región del Biobío

Tuve una infancia compleja, no sólo por la pobreza y la violencia intrafamiliar, sino también por el “ir y venir” entre hogares del SENAME y mi propia casa, las carencias de mi madre, sin duda marcaron mi vida familiar y dieron forma a mi infancia y adolescencia. Todo ello, desembocó en una inevitable exposición de mis hermanos y yo, a una vida difícil, llena de cicatrices que calaron profundamente en mi mente de niña ingenua, que me ha costado años sanar.

Estoy consciente que aunque de pequeña me tocó sufrir golpes, abusos, abandonos, fue una herencia de lo que también les tocó vivir a mi madre y abuela, como un patrón que se repite de generación en generación y que también sé que **depende de uno mismo romper con esas cadenas y no repetir la historia.**

Una profunda depresión, dejó entreabierta la alternativa del suicidio, lo que apareció como un escape al dolor causado en el pasado. Subí a lo alto de un castillo de libre acceso ubicado en el Parque Ecuador en Concepción, desde allí me lance, segurísima de que iba a morir sobre la zona de los huevillos de piedra, pero el rebote en la tierra golpeó por detrás de mi espalda, a la altura del pecho. Allí se generó una ruptura de columna con daño de médula y el resultado fue una operación de largas horas, que finalizó con tornillos para estabilizar mi columna y el uso de silla de ruedas.

Luego del accidente, el pasado se hizo presente, logré perdonar a mi padre quien apareció en el hospital y nunca más lo vi. Mi madre en tanto la capacitaron para que se hiciera cargo de mis cuidados, estuvo sólo unos pocos meses, hasta que apareció el fantasma de las carencias y el vínculo afectivo debilitado por las heridas de la niñez, dejándome otra vez a mi suerte, pese a haber pedido perdón.

Sin embargo, en el abandono recibí ayuda de algunas personas, pero las personas si bien siempre tienen la intención de ayudar, no siempre prevalece esa intención, claro que no era fácil y no siempre lograron comprender las carencias que arrastraba, por lo que una y otra vez mi frágil mundo se venía abajo; e intenté una y otra vez quitarme la vida.

En el último intento permanecí alrededor de dos y medio meses en el Hospital Regional de Concepción en calidad de indigente, pero la silla de ruedas y la depresión no eran suficientes motivos para que el recinto de salud no presionara para que dejara el hospital y las constantes frases como “no tiene dónde ir” o “no sabemos qué hacer con ella” fueron decisivas para que una mujer que también estaba allí, se ofreciera a llevarme a vivir con ella. Lamentablemente, tampoco tuvo mucho futuro, porque la mujer y su marido se separaron y ninguno de ellos podía hacerse cargo de mí, pero el poco tiempo que compartimos sirvió como impulso para empezar a avanzar.



El cambio de las zapatillas por la silla de ruedas fue tan brusco y profundo que provocó una catarsis que me permitió sumarse a este mundo distinto, ese que se vive al otro lado de la vereda, en el cual se comienza a nacer de nuevo, aprendiendo por segunda vez, actos diarios tan simples como ponerme un calcetín. Afortunadamente, la vida comenzó a mostrarme cosas lindas, que solo las he podido vivenciar desde mi silla de ruedas.

He adquirido herramientas que antes no tenía; aprendí a luchar contra esa antigua depresión, decidí dejar atrás los temores y el qué dirán para tratarme psicológica y psiquiátricamente, y hoy creo firmemente en que el cerebro es un órgano que también se enferma, como cualquier otra parte del cuerpo, que necesita y requiere de un especialista para sanarlo.

Hoy trabajo como apoyo administrativa en el Jardín Andalú, ubicado en San Pedro de la Paz. Ingrese el año 2016, como asistente de párvulos en extensión horaria, cuando aún podía caminar, sin embargo, y pese a llevar pocos meses trabajando Fundación INTEGRRA me reintegro dándome estabilidad laboral.

En ese lugar he conocido a un equipo humano que me ha apoyado en recibir rehabilitación a través de la Fundación TELETÓN y COSAM, espacios donde he decidido reparar y superar mis daños físicos y psicológicos.

Descubrí el gusto por la pintura, la danza y el canto, participando de algunas presentaciones y siendo un ejemplo de superación para muchos.

Descubrí el paracanotaje una rama deportiva que me permitió representar a Chile, en un campeonato mundial en Polonia. La decisión de integrarme al deporte, no fue fácil, ya que tuve que superar obstáculos físicos y emocionales. He debido sortear distintas vallas y asumir que soy más fuerte de lo que creo.

Hoy soy dueña de mi departamento, adquirido a través de la gestión realizada por tantas personas e instituciones que me han apoyado, así he logrado mi estabilización emocional, junto mi pareja que me acompaña en este camino de ruedas que muchas veces fue cuesta arriba.

Nada de lo descrito ha sido fácil, lograr entender que necesitamos de otras personas, de las instituciones y Fundaciones para salir adelante, me tomó tiempo. Claro que no es llegar y tomar el pincel, para hacer arte, que la actitud y entender que **la fortaleza está dentro de mí para sanar y aceptar mi historia de vida**, que es posible superar la tristeza, que cuesta y mucho.

*he debido sortear distintas vallas
y asumir que soy más fuerte de lo que creo*

Todas las vivencias acumuladas, no me quitan la alegría y la esperanza de volver a ganar movilidad en mis piernas, el diagnóstico médico señala una lesión severa completa, pero quiero ser parte de ese grupo de casos extraordinarios de recuperaciones que vuelven a caminar. Me aferro a esa ilusión, intentando por todos los medios seguir adelante con rehabilitaciones que me susurren al oído que **"se puede" y si no "lo intente todo"**, así tenga que finalmente resignarme. Porque ya no queda de otra tampoco, o te sumerges en la pena o intentas sacarle algo bueno a la vida, para que valga la pena. ¡Eso! ¡Que valga la pena!".

No es fácil, pero he dejado huellas, huellas sobre ruedas.



4. tiempos de pandemia



El actual escenario de confinamiento producido por la pandemia COVID-19, profundizó todas las brechas de género, provocando un retroceso de diez años en el esfuerzo de los objetivos de desarrollo sostenible para el 2030, en temas de igualdad de género y la reducción de la pobreza. Para estas mujeres acostumbradas a trabajar con niñas y niños, entregando su cercanía y amor permanentemente, el distanciamiento ha sido aún más difícil. Han debido acostumbrarse al teletrabajo, triplicando el tiempo que le dedican a las labores domésticas, a dominar nuevas tecnologías, a estar en contacto con los pequeños a través de una pantalla, a preparar material a distancia e incluso a preocuparse de la alimentación que recibían en el jardín o sala cuna. Ha sido una experiencia de vida distinta, que las ha fortalecido y las ha llevado a valorar con más fuerza la labor que realizan día a día y las cosas simples que las hacen felices.

*enfrentando la
pandemia, dando
lo mejor de si*



Yaquelina Rivera Barraza
en reconocimiento al equipo
Jardín Infantil Los Grillitos
Región de Atacama

Todo empezó sin aviso previo... un día dejamos de vernos, hablarnos y abrazarnos. Era todo muy extraño, ya no volvimos a escuchar las voces, llantos y risas de los niños y niñas; ya no había consultas de las familias y, por supuesto, me separé de mi querido equipo educativo. La pandemia nos obligó a quedarnos en casa; yo quería seguir ahí, en mi lugar de trabajo, en mi querido jardín infantil, pero, por mi salud y la de los demás, no se podía y había que resguardarse.

Desde mi hogar empecé a organizar el funcionamiento para lo que se veía venir. Era una situación compleja, difícil y, por qué no decirlo, angustiante. Las emociones afloraban en mí cada vez que pensaba en las estrategias para llegar a cada familia y para enfrentar esta crisis, sabiendo que mis compañeras también estaban en resguardo y no se podían exponer, varias de ellas con enfermedades crónicas, por lo que debían cuidarse incluso más que yo.

Empezamos con la primera entrega de canastas... Uff ¿Qué hago? ¿Cómo? Fue lo primero que pensé, sin saber ni imaginar la respuesta de mi equipo ¿Con quién puedo contar? ¿Quién me ayudará? Seguían las interrogantes, sin tener claridad de cómo se llevaría a cabo.

Mediante una conversación vía WhatsApp, le di a conocer al equipo lo que se debía hacer y cómo debíamos coordinarnos. Inmediatamente se organizó un turno ético, compuesto por trabajadoras del jardín infantil. Fue una gran alegría sentir que

contaba con el apoyo y disposición de mis compañeras de trabajo.

Cada semana fuimos avanzando en diversas formas para continuar. Nos desafiamos en llevar a cabo diversas estrategias para mantener la comunicación y el trabajo en alianza con las familias y, lo mejor de todo, fue que los niños y niñas seguirían aprendiendo en tiempo de pandemia.

¡Guaauu... fue increíble! Cada integrante se sumó, colocando a disposición, desde su hogar, lo mejor de cada una. Las ideas surgían y se planificaban en conjunto, buscando y seleccionando actividades que fueran del agrado, disfrute e interés de cada niño y niña. **Todo el equipo unido en un trabajo colaborativo.** Algunas preparaban material y otras hacían otras cosas, todo en conexión con lo que nos motiva a diario... NIÑOS Y NIÑAS FELICES.

Un día, sin darme cuenta, me puse a pensar en cada una de ellas, en mis queridas trabajadoras; las capacidades y fortalezas que cada una posee y cómo, en el transcurso de estos años que llevo liderando en mi rol de directora, se ha visto fortalecido el trabajo en equipo. Realmente, en esta pandemia nos hemos dado cuenta de que el trabajo realizado, paso a paso, da sus frutos; que, lo que en un momento fueron nuestras oportunidades de mejora, hoy ya se visualizan como un gran potencial.

Solo me resta agradecer la gran oportunidad que tengo de estar a cargo de un tremendo equipo. Mujeres afectuosas, dispuestas, colaborativas, empáticas, solidarias, sencillas, resilientes.

Me llena de orgullo y me motiva el trabajo que realizo a diario.

Nunca imaginé los enormes resultados que tendría organizando todo, desde mi hogar, para llegar al jardín y, desde ahí, a cada casita de los niños y niñas que atendemos.

Hoy puedo decir que el haber confiado, desde el primer día en que llegué a este jardín infantil, en que llegaríamos a ser grandes y mejores profesionales, y que solo el tiempo sería testigo de nuestros esfuerzos, paciencia, perseverancia, trabajo y logros alcanzados, es reflejo de la convicción que tenemos de querer formar y ser parte de un gran equipo, dispuesto a avanzar y lograr lo mejor.

*agradecer la gran oportunidad
que tengo de estar a cargo
de un tremendo equipo*





*sin bajar nunca
los brazos*



Margarita Rojas Sepúlveda

Oficina regional

Región de La Araucanía

Todo iba bien en mi familia. Mis hijos, de 6 y 8 años, estaban bien, sanos, felices. Mi esposo y yo comenzábamos a consolidarnos laboralmente y en nuestros proyectos familiares. Había ingresado a Integra como profesional de Familia y Cobertura, lo que me hacía muy feliz y me otorgaba la estabilidad laboral que escasea en el área social.

Pero, de repente, mi esposo comenzó con graves dolores articulares, hinchazón de la piel y otros varios síntomas que debilitaron su salud y calidad de vida. Peregrinamos por muchos médicos, sin que pudieran diagnosticarlo. Su condición empeoraba, hasta que un día me decidí a llevarlo a Urgencias del Hospital Regional. Lo internaron y, luego de varios días e infinitos exámenes, accedió a un tratamiento. Su diagnóstico no era claro: Síndrome de súper posición (todas las enfermedades reumatológicas juntas), lupus grave, dermatomiositis, esclerodermia.

El día que yo cumplía 34 años llegué al hospital y todo había empeorado, un médico me informó que estaba grave, que se iría a la UTI y que me preparara para lo peor, porque no creía que saliera de esa situación. Después de tres horas, lo trasladaron a la UCI, intubado, donde estuvo dos meses. Múltiples infartos cerebrales y una insuficiencia respiratoria lo alejaban de mi vida para siempre.



Los días se hicieron muy difíciles, los médicos seguían insistiendo en que solo había que esperar, sin mucho que hacer, y que, si salía de esa condición, era muy probable que el daño

a nivel mental no permitiría que reconociese a nadie. Pero mi intransigencia no aceptaba aquellas respuestas y le juré a mi esposo que **lo sacaría adelante fuese como fuese,** lo devolvería a la vida.

Una noche me llaman de la UCI informándome que había sufrido un paro cardíaco, que estaban intentando reanimarlo. Una vez más sentía como mi alma se desprendía de mi cuerpo y yo miraba desde arriba la escena.

Poco a poco mi esposo fue conectándose y lo trasladaron a la UTI, volviendo a respirar por sí solo. Pasadas unas semanas, volvió a generar una insuficiencia respiratoria y a la UCI nuevamente. Superado el episodio fue trasladado a la unidad de neurorrehabilitación en el Hospital Intercultural Mapuche de Nueva Imperial, donde estuvo dos meses. Llegó con 41 kilos, postrado, sin ningún control motor ni físico, y un estado mental bastante severo. Mi esposo, a sus 38 años, había quedado con una discapacidad severa del 87,5%, postrado.

Fue avanzando hasta que llegó el momento de su alta. Tuve que reacondicionar nuestra casa y nuestra vida para recibirlo. Llena de miedo, pero llena de felicidad también, y completamente decidida a sacarlo adelante, lo recibí en marzo de este año. Los primeros meses fueron caóticos, debía comer cada dos horas, asistirlo las 24 horas del día, todos los días, sin descansar.



Luego de su llegada y cuando tenía que seguir con su rehabilitación ambulatoria, vino la pandemia y nos dejó completamente aislados en casa. Era tanto lo que habíamos logrado que no nos vencería.

Reorganicé toda mi vida con un estricto calendario, dando cumplimiento a mis múltiples funciones: teletrabajo, clases virtuales de los niños, la casa, la comida, las compras y, por supuesto, mi esposo. Al poco tiempo conseguí que volviera a comer por boca; además me encargo de sus ejercicios de terapia ocupacional, de fonoaudiología, de estimulación cognitiva y de kinesiología, de manera diaria y rigurosa, los que, poco a poco, me lo han devuelto.

Ha sido muy difícil, la vida me ha puesto a prueba, hay días en que el cansancio es indescriptible, pero, realmente, el amor a la familia es más grande que todo tipo de obstáculos. Con mucho orgullo puedo decir que lo estoy logrando. Nunca he bajado los brazos, porque el sufrimiento lo he transformado en el doble de motivación para vencerlo todo. Nunca está todo dicho, ni en la medicina. Las mujeres tenemos una fuerza interna que nos permite salir siempre adelante.



la pandemia no nos vencería



“He tenido una historia de esfuerzo, superación y trabajo. Quiero destacar mi determinación de estudiar permanentemente y salir adelante. Considerando la situación de pandemia en que nos encontramos, mirado en retrospectiva, ha sido un tiempo maravilloso para mí, para estar con mi familia, desempeñando mis labores a través del teletrabajo. Agradezco a Integra la posibilidad de realizar mi labor de esta forma, ya que ha sido un tiempo de pausa, de parar necesariamente para a futuro poder seguir”.



Elizabeth Valenzuela Pulgar
Oficina regional
Región del Biobío



“En algún momento llegará la forma de poder volver a encontrarnos con nuestras colegas, nuestros equipos, niños y niñas, y sus familias, con una mirada de bienestar, de haber aprendido a sacar lo mejor de cada una de nosotras, en tiempos tan duros, tristes y difíciles. No estás sola, estamos todas juntas, de pie, firmes y brillando en colores, reinventándonos y avanzando cada una a su propio ritmo y necesidad, pero mirando hacia adelante”.



Inés Cárcamo Asenjo
Jardín infantil Eluney
Región de Los Lagos



“Pude seguir los consejos: organizar los horarios y tiempos con mi familia, un lapso de media hora diario al que nos invitó la directora. Esos cambios, junto con el apoyo médico, me han ayudado a comprender, separar las cosas, poder manejar mis angustias y aceptar lo que no puedo cambiar. También que esta pandemia nos mantiene en nuestros hogares para salvaguardar nuestras vidas. Ser agradecida, porque puedo tener tecnología para seguir viendo el proceso y crecimiento de mi nieta”.



Nancy Ayala Cortés
Jardín infantil Santa Rosa
Región de Arica y Parinacota



“Llevo 32 años en la institución. Me gusta mi trabajo y he podido vivir varios periodos durante este tiempo: los cambios sociales que hemos experimentado, y el desarrollo y bienestar que se está dando tanto a los niños y niñas, como al personal.

Este confinamiento me ha dado el tiempo para valorar y apreciar lo simple y dificultoso de la vida, y vivir y superar pequeñeces absurdas de consumismo y egolatrías. Nos ha servido para valorar la vida y vivir con las cosas simples”.



Rosa Sobarzo Avendaño
Jardín infantil Pelusita
Región del Maule



“Hoy la humanidad es consumida por el Covid-19 que, sin piedad, da zarpazos gigantescos, acabando con la existencia. Se lleva la sabiduría del anciano, la risa inocente de un niño, despoja en soledad las vidas.

Es tiempo de reflexión. El cambio llega con lágrimas en nuestros ojos y tristeza en el corazón. Somos parte de este mundo y debemos dar amor, compartir conocimiento, tener dedicación para enmendar tanto dolor, aprender a apreciar la vida, la libertad que hemos perdido, el hecho de respirar, la mano de un amigo”.



Teresa Roco Córdova

Jardín infantil Mirada infantil
Región de Coquimbo



“Hace siete años mi vida tuvo un cambio radical, llegue a trabajar a la comuna de San Pedro de Atacama y, aunque estoy lejos de mi familia, me siento conectada más que nunca con ellos, pues me entienden y me apoyan. Ellos saben que mi mayor recompensa será que mis niños y niñas del Jardín Lican Antay adquieran sus conocimientos, habilidades y actitudes desde sus casas, siendo un aporte significativo para sus familias con el trabajo que realizo día a día. Espero con mucha fe que pase esta pandemia”.



Ema Mardones Bórquez

Jardín infantil Lican Antay
Región de Antofagasta

conclusión

En los últimos años hemos sido testigos que millones de mujeres en el mundo se han movilizado desde sus distintos lugares y generaciones, ejecutando activamente acciones para denunciar y hacer públicas todas las realidades de maltrato, inequidad, discriminación y violencias de género.

Las historias relatadas en este libro, nos invitan a profundas reflexiones personales, y que debemos hacer también como sociedad. No solo para identificar aquellos tipos de violencia, de discriminación y de falta de oportunidades, si no que también para reeducar patrones que se perpetúan en las familias. Sanar estas vivencias es transformar el futuro para las siguientes generaciones, es mostrar una posibilidad real de vivir mejor, es romper la inercia, es correr el cerco, es una promesa. Las historias y pensamientos aquí relatados muestran que existe esperanza de cambio social, las mujeres protagonistas y heroínas son la prueba de ello, todas partieron con un inicio muchas veces adverso, desesperanzador y triste, pero que sin duda siguen escribiendo un mejor final y futuro.

índice de participantes

Acuña Sepúlveda, Olga	p.87	Cárcamo Asenjo, Inés	p.154	Honores Palta, Nelly	p.30	Rodríguez Ramírez, María José	p.32
Andrade Huenteo, Marle	p.41	Casanueva Mura, Andrea	p.74	Illanes Pulgar, Patricia	p.31	Rodríguez Araneda, Elisabeth	p.70
Angulo Poblete, Ruth	p.108	Chávez Paillán, María Ester	p.41	Lizardi Espinoza, Karina	p.21	Rojas Sepúlveda, Margarita	p.150
Araya Cortés, María Elena	p.20	Chiguay Barría, Adriana	p.91	López Carreño, Yovana	p.69	Rosales Díaz, Silvia	p.59
Arellano, María Fernanda	p.46	Cifuentes Insunza, Andrea	p.36	Maldonado Gómez, Bessie	p.127	Ruz Gonzáles, Nelly	p.12
Astudillo Ávalos, Virginia	p.78	Cornejo Rojas, María Angélica	p.104	Mardones Bórquez, Ema	p.156	Salas Vargas, Jéssica	p.60
Ávila Jerez, María Claudia	p.87	Cortés Robles, Pamela	p.116	Monge Trujillo, Rebeca	p.26	Sanhueza Muñoz, Macarena	p.92
Ayala Cortés, Nancy	p.155	Dionicio Fernández, Marta	p.80	Muñoz Arellano, Fabiola	p.58	Sobarzo Avendaño, Rosa	p.155
Barletta León, María Cecilia	p.112	Esquivel Esquivel, Alejandra	p.130	Muñoz Gaete, Jocelyn	p.138	Tarumán Cárdenas, Rosa Emilia	p.50
Barrios Hidalgo, Claudia	p.96	Ferreira Sanhueza, Yasna	p.92	Ojeda Contreras, Loyda	p.68	Torres Jara, Paula	p.51
Becerra Huerta, Pamela	p.93	Flores Morales, Soledad	p.79	Olate Díaz, Patricia	p.16	Traimante Illesca, Margarita	p.78
Becerra Campos, Paola	p.58	Garcés Montecinos, Deyanira	p.40	Olivares Valencia, Loreto	p.20	Valderas Velásquez, Loreta	p.59
Berríos Toro, Paola	p.51	González González, Catterine	p.22	Orellana González, Susana	p.124	Valenzuela Pulgar, Elizabeth	p.154
Bórquez Pedraza, Carolina	p.68	González Duarte, Virginia	p.21	Ortiz Cartes, Francisca	p.93	Valverde Ayala, Karem	p.88
Brana Cárdenas, Dana	p.30	González Zamorano, Rosa	p.134	Paine Canio, Juana	p.64	Vargas Vargas, Sandra	p.50
Cárcamo Quintul, María Alicia	p.100	Gutiérrez Obreque, Leslie	p.31	Peñailillo Miranda, Aracely	p.120	Vejares Bustos, Marta	p.40
				Pérez Tapia, Sandra	p.84	Vicentelo Paucay, Gipsy	p.42
				Pizarro Araya, Jovita	p.69		
				Rapiman Muñoz, Evelyn	p.52		
				Rivera Campos, Lorna	p.79		
				Rivera Barraza, Yaquelina	p.146		
				Roco Córdova, Teresa	p.156		



www.designio.cl



FUNDACION_INTEGRA

@F.INTEGRA

@F_INTEGRA

INTEGRAVISUAL

WWW.INTEGRA.CL - 800 540 011

